


# CONTRABANDISTAS DEL COSMOS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Indared es uno de tantos planetas fronterizos situados fuera de la jurisdicción del Orden Estelar, lo que le convierte en refugio ideal para contrabandistas y gente poco simpatizante de las férreas leyes del gran estado galáctico. Uno de ellos es Ronald Elliot, propietario y capitán del carguero Zidac, con el cual se dedica a sus trapicheos comerciales bordeando, cuando no decididamente traspasando, las normativas legales, más bien laxas en esa remota región de la galaxia. Pero las cosas han cambiado y, cuando regresa de uno de sus viajes, descubre con sorpresa que, aunque siga manteniendo al menos nominalmente su independencia, Indared ha caído ya en el regazo del Orden Estelar, el cual ha pasado a controlar el tráfico de sus astropuertos en un claro intento de erradicar el contrabandismo y la piratería.



A. Thorkent

# Contrabandistas del Cosmos

**Bolsilibros: El Orden Estelar - 13**

**Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 543**

**ePub r1.0**

**xico_weno** 09.09.15

Título original: *Contrabandistas del Cosmos*
A. Thorkent, 1981

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

# CAPÍTULO PRIMERO

Ronald Elliot leyó tres veces la notificación.

Luego levantó la vista del papel y miró furiosamente al hombre que se lo había entregado.

—¿Que significa esto, mayor Endeb?

El hombre se secó el sudor con un sucio, pañuelo, movió nerviosamente las manos y dijo con voz vacilante:

—Capitán Elliot, yo soy el primero en sentirlo, pero las cosas se han puesto así.

—¿Desde cuándo?

—Bueno, ellos llegaron y trajeron nuevas, leyes. —Endeb se restregó las manos—. El astropuerto pasó a su control cuando las autoridades del planeta firmaron los acuerdos: Ahora todo se lleva estrictamente, señor.

Elliot entornó los ojos. Mascculló algo que el otro no entendió y se dijo que había cometido el mayor falló de su vida al no enterarse de que aquel cochino mundo, Indared, había terminado por unirse al Orden Estelar.

—¿Pero cómo es posible que haya sucedido tal cosa? —Estalló Elliot—. Hace apenas ocho meses estuve aquí y usted consiguió arreglarme todo el papeleo sin problema alguno…

—Y bien qué lo siento yo, capitán Elliot —respondió compungido el otro.

Ronald asintió. De eso estaba seguro. Siempre había untado bien las manos: de aquel tipo y nunca había tenido problemas en Indared. Había descargado las mercancías y llenado la bodega con lo que le había dado la gana. Indared siempre había sido un magnífico punto de operaciones.

—¿Quién firmó esta orden de inmovilización, Endeb?

—El teniente Corrigan, señor.

—¿Un teniente está por encima de su autoridad, mayor Endeb?

—Así son las cosas —suspiró Endeb—. El gobierno ha confiado al Orden Estelar la reorganización de todos los astropuertos del planeta. Quieren acabar con las irregularidades.

—Demonios, y lo conseguirán. —Aunque sabía que no era fácil, Elliot susurró a Endeb—: ¿No podría arreglarme usted una cita con ese teniente, Endeb?

Su interlocutor le miró alarmado.

—No, capitán. No lo intente. Corrigan no se dejará comprar. Ni aunque le ofrezca una fortuna. ¿Es que no conoce a esa gente del Orden? ¡A veces no parecen humanos!

Elliot resopló. Endeb tenía razón. No se podía jugar con los miembros del Orden.

—Está bien, Endeb —miró de soslayo el papel—. No tendré más remedio que elevar una protesta.

—No le servirá de nada, señor.

—Pero algo tengo que hacer, ¿no? Vendí la mercancía y compré con todo el dinero licores y mineral refinado, que pensaba colocar en la Liga Dhorgonte. Si esta orden de incomunicación sigue vigente mañana, cuando me traigan la carga, me veré en un lío. En la aduana pararán los vehículos y verán que pretendo sacar de Indared artículos cuya exportación está prohibida.

Endeb asintió.

—Eso es lo que pasará, señor.

—Está bien, Endeb. ¡Pero usted debió, haberme avisado apenas aterricé en este sucio planeta! Al menos pude haber evitado gastar el dinero de la carga que traje.

—¡No pude hacerlo, capitán! Ese teniente me vigila a todas horas. Además, ha sido afortunado en esta ocasión porque lo que trajo era legal. ¿Se imagina lo que habría pasado si hubiese llegado con mercancías corrió la última vez?

Elliot se estremeció. En realidad había tenido un poco de suerte. Las telas desembarcadas pasaron fácilmente la aduana. Esto le atonta un poco y no se dio cuenta qué en el astropuerto las cosas ya no eran las mismas.

—Déjeme solo, Endeb —gruñó Elliot—. Tengo que pensar.

Pero al ver que Endeb no se marchaba, sino que hacía girar entre sus regordetas manos la gorra, frunció el ceño e inquirió:

—¿Qué pasa ahora?

—Bueno… Es que aún no he terminado, capitán.

—¡Pues hágalo de una vez! Me molesta su presencia.

—Es que el teniente Corrigan desea verle.

Elliot empezó a dibujar una ladina sonrisa y Endeb se apresuró a aclarar:

—No, no se figure que Corrigan le está apretando los tornillos para pedirle una sustanciosa cantidad para dejarle marchar con carga prohibida, señor. El teniente tiene algo en la cabeza. No sé lo que es exactamente, pero tenga cuidado con él, señor.

—¿Dónde me espera?

—En la administración del astropuerto, señor. En mi despacho. Abajo tengo un vehículo. Le llevaré allí, capitán.

—Creo que haría bien enviándole primero a las hermanas Shaw —silabeó Elliot—, ahora que están en plena euforia sexual.

Los ojos de Endeb se dilataron desmesuradamente. Su sudor se incrementó.

—No juegue con Corrigan como lo hizo conmigo la primera vez que llegó a Indared, capitán. Al menos yo no soportaría una sesión con esas dos ninfómanas.

Elliot rió de buena gana, a pesar de sus repentinas preocupaciones:

—Suponía qué en aquella ocasión lo pasó, Endeb.

—Eso pensé yo también cuando entraron en mi dormitorio esas dos locas, señor. La imagen era seductora. Reconozco que son muy bellas, pero terriblemente ansiosas cuando se les despierta el apetito sexual. ¿Dónde las tiene ahora, capitán?

—Ah, encerradas. Son buenas chicas y me avisan cuando les llega la crisis —Elliot suspiró—. Lo peor es que cuando se les pasa son más frías que un témpano. Creo que es debido a una lejana mutación que sufrieron sus antepasados, allá en el planeta Brugana.

—¿Por qué las conserva en su tripulación, señor? Son un peligro…

—No diga tonterías. Son buenas chicas y nunca he tenido a mis órdenes navegantes tan eficientes. Además, cuándo les llega la fiebre ninfómana ellas mismas se recluyen en sus camarotes y no salen de él hasta dos o tres días después. —Elliot se rascó la barbilla —. No lo sé bien, pero creo que es como una menstruación. Algún día investigaré a fondo los síntomas y consultaré un libro adecuado.

—¿Nos vamos, capitán?
—Sí, claro.
Salieron del reducido camarote. Elliot tomó su gorra de capitán y se ajustó el pañuelo rojo al cuello. Echó un vistazo a su chaquetilla. Excepto unas manchas de grasa, su presencia parecía correcta.
Al descender al nivel donde estaba situada la esclusa de salida, Byron les salió al encuentro.
Byron era casi un gigante, además del segundo oficial. Abrió la boca al notar el gesto de preocupación en su capitán. Colocó al otro lado la pipa apagada y puso las manos en jarra.
—¿Qué te pasa, Elliot? Parece que vas a un funeral.
—Ya te contaré luego, Byron. ¿Te gusta este planeta?
Byron escupió.
—Lo suponía —suspiró Ronald—. Pues sí, las cosas no se arreglan parece que vamos a tener que acostumbrarnos a él.
Empujó a Endeb al interior de la pequeña cabina del ascensor, cerró la puerta y bajaron hasta el suelo de hormigón.
Como Endeb le había dicho, a pocos metros de la nave «Zidac» les esperaba un vehículo. El conductor tiró el cigarrillo al verles llegar y corrió a subirse a la cabina.
Mientras se dirigían al edificio administrativo, Elliot echó un vistazo a su nave. Sonrió orgulloso de ella. La «Zidac» podía tener un feo aspecto externo y quizás algunas veces se ponía quisquillosa y exigía molestas reparaciones en pleno espacio, teniendo que salir de velocidad superlumínica en más de una ocasión para poner un parche aquí o soldar un tubo allá. Pero podía competir con los más veloces cruceros aduaneros. Sus entrañas, potentes y cuidadas con mimo por Tony Lye, siempre estaban a punto. Sólo fallaba el casco, pero aquella circunstancia no molestaba a Elliot. Por el contrario, le convenía que todo el mundo pensase que su carguero algún día se despedazaría al entrar en el hiperespacio.
Cuando llegaron ante los edificios, Elliot gruñó entre dientes al ver a los primeros soldados del Orden Estelar. Los uniformes negro y plata le producían cierta revulsión.
¿Por qué habían llegado hasta allí? Maldita sea, Indared siempre había sido una planeta que se había negado a la integración al nuevo estado organizativo creado por la incansable Tierra.

El Orden había estado acechando Indared durante años, tratando de convencer a sus débiles gobernantes de que con la incorporación a la organización terrestre llegaría la prosperidad, no teniendo que depender de los contrabandistas ni bucaneros que habían tomado el planeta como base de operaciones.

Si el proceso continuaba, toda aquella zona galáctica quedaría cerrada al comercio fraudulento. Llegarían comerciantes de todas partes, con sus leyes y nuevas ideas, las mercancías se abaratarían y abruptamente caería el sistema gracias al cual Ronald Elliot había ganado montones de dinero durante los últimos años.

Antes de franquear la entrada, miró con tristeza el astropuerto. Habían pocas naves, y casi todas transportes que sabía no pertenecían a contrabandistas como él. Seguramente los demás compañeros estaban mejor informados que él y no deseaban acercarse a Indared.

Vio caras nuevas en aquel mundo, gentes llegadas de lejos. Crearían nuevos negocios y los artículos raros con los que él traficaba pronto serían normales en el planeta. En Indared estaba a punto de morir el contrabando.

Elliot se encogió de hombros. La solución era buscar otros lugares. No faltaban en el Universo sitios donde traficar ilegalmente. Pero se había estado acostumbrando a aquellos mundos. Pronto el Orden se extendería por todos como una mancha de aceite.

El mayor Endeb le condujo hasta su despacho, que Ronald conocía bien. Allí habían tomado buenos tragos de licor y al final de sus manos pasaron a las de Endeb un montón de créditos como pago a sus servicios.

Endeb cerró la puerta cuando Elliot entró y se quedó fuera.

Un hombre vestido de negro y plata se levantó de detrás de la mesa. Le sonrió y mostró una silla vacía. Las otras dos estaban ocupadas. Una mujer bellísima se volvió para mirarle, y Elliot se dijo que nunca había visto tanto atractivo reunido en una persona. Era rubia, pero al moverse sus cabellos parecieron arder al incidir en él los rayos solares que penetraban por la ventana. En cambio, el hombre era muy moreno, de cabellos rizados y rostro cuadrado. Pese a estar sentado daba sensación de ser muy alto. Estudió a Elliot con curiosidad, y el capitán sintióse molesto.

—Pase, capitán Elliot —le invitó el teniente—. Siéntese, por favor.

—Supongo que usted es el teniente Corrigan —masculló Ronald, moviendo la silla para retirarla un poco y así poder dominar con la mirada a las tres personas.

—Exactamente —asintió el teniente—. Usted es Ronald Elliot, capitán y propietario del carguero «Zidac», de matrícula vegana. Pero nació en la Tierra, ¿no es así?

—A los pocos meses mis padres me llevaron al otro extremo de la Galaxia. Me crié en una central minera en
Antares III
. ¿Quiere que le diga más cosas de mi vida?

—No es preciso. Conozco lo esencial. —El teniente sonrió ligeramente—. Capitán, le presento a Aidara. Zamalt y a Wurango Too.

Ronald echó un vistazo a Wurango y dedicó más atención a la mujer. Pensó que tendría unos veinticinco o treinta años, aunque tal vez fuese más joven. Notó que los sensuales labios se agitaron dedicándole una sonrisa. Elliot se estremeció al recorrer con ansiosa mirada la esbelta figura semioculta por un provocativo vestido de lujosa seda de Khiuta.

Se movió nervios en la silla y dijo al teniente:

—El mayor Endeb me entregó una orden de retención, teniente. ¿Puedo saber antes de presentar mi protesta oficial a qué se debe esta decisión?

—Desde luego —asintió Corrigan—. Aunque los acuerdos entre el Orden Estelar y las autoridades de Indared son provisionales, todo es legal. El mayor Endeb sigue al mando del astropuerto, pero yo tengo que supervisar todos sus actos, cómo comprenderá.

—Sigo sin entender nada…

—Vamos, capitán. No se haga usted el ignorante. ¿Le dice algo el nombre del comerciante Ologho? —Al notar el envaramiento de Elliot, siguió—: Veo que sí, capitán. Tengo en mi poder una copia de las mercancías que le ha comprado a Ologho, El noventa por ciento de lo que ha comprado carece de autorización para ser exportado de Indared, y usted es lo bastante inteligente para saber lo que puede ocurrirle si la carga entra en el astropuerto y se dirige a su carguero. En ese momento podré detenerle. Con mucha suerte,

capitán, usted saldrá en libertad dentro de tres años.

Elliot asintió en Silencio. Sabía todo lo que el teniente le estaba diciendo. También podrían caerle encima cinco o seis años si el juez aplicaba estrictamente la ley. No perdió la serenidad y dijo:

—Pero si esa mercancía no entra en el astropuerto usted no podrá hacerme nada.

—Exacto —admitió el teniente—, pero para ello usted tendría que salir del recinto y comunicar a Ologho que rescinde el contrato. Un acto así le costará perder el veinte por ciento del importe total de lo que le compró. Pero siempre será mejor eso que ser acusado de contrabandista, ¿no?

—Entonces déjeme salir del astropuerto. Sólo estaré el tiempo suficiente para ir a la ciudad y romper el trato.

—Eso podría hacerlo, capitán.

Elliot hubiera pensado que ahora el teniente le diría la cifra que él querría embolsarle si aquellos dos misteriosos personajes no estuviera presentes. Frunció el ceño, se inclinó hacia adelante y preguntó:

—¿Qué se propone, teniente? No me gusta andar con rodeos. Usted tiene algo en la mente. ¿Por qué no lo suelta ya?

—Me gusta que sea una persona directa, capitán. Estoy dispuesto a permitirle salir del recinto durante una hora, el tiempo justo para que diga a su proveedor que no debe ordenar el envío de la mercancía al astropuerto.

—¿A cambio de qué, teniente? ¿Y la orden de retención?

—Veinticuatro horas después quedaría cancelada, al no existir motivos para mantenerla.

—Aún no me ha dicho lo que me pide, teniente. —Elliot rió y Corrigan le miró extrañado.

—¿Qué le divierte?

—Endeb me dijo algo que yo ya sabía: que la gente del Orden Estelar no se vende.

—Y así es. Lo que voy a pedirle a cambio lo saben mis jefes.

El hombre llamado Wurango dijo:

—Hemos venido directamente de la Tierra, señor Elliot —su voz tenía un timbre extraño, como si le fuese difícil expresarse en galacto—. Traemos todos los beneplácitos del Alto Mando del Orden Estelar para conseguir de usted algunos favores a cambio de

que el teniente Corrigan le deje salir de Indared.

—Con mi nave —añadió Elliot.

—Con su nave, desde luego —dijo Corrigan—. Pero le advierto, Elliot, que el Orden no reconocerá nunca que usted trabajará para él durante las próximas semanas.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Ronald poniéndose en guardia.

—Digamos que por algún tiempo su carguero se convertirá realmente en una nave de pasajeros —dijo la mujer con voz melodiosa.

—Y esos pasajeros, supongo, serán ustedes dos —susurró Elliot.

—Eso es.

—¿Y adónde iremos?

Aidara cambió una mirada con Wurango. Al asentir éste, ella dijo:

—A Loranka: —Y no pudo evitar una sonrisa divertida al ver el gesto de estupor de Elliot.

# CAPÍTULO II

—¿A Loranka? —preguntó Byron.

Gravemente, Ronald asintió.

—Exacto, amigos —dirigió una mirada triste a su tripulación.

Las hermanas Iva y Dore Shaw abrieron la boca y soltaron una exclamación de estupor. Tony Lye maldijo abruptamente. Anastasio Piatelli siguió con su mirada perdida. Carraspeó y preguntó:

—¿Qué pasa en Loranka, que todos vosotros estáis tan pálidos?

—Si supiera la dirección del mismísimo infierno dirigiría la nave allí antes que ir a Loranka —dijo Ronald.

—Eso no contesta mi pregunta, capitán —dijo Anastasio pausadamente.

—¿De dónde sales tú, que ignoras lo de Loranka? —le espetó Tony.

Elliot hizo un ademán para aplacar al mecánico.

—Si no lo sabe tenemos que explicárselo, ¿no? Calmaos, muchachos. Siento haberos metidos en esta situación, pero no tenía otra alternativa. Ese oficial del Orden Estelar nos tiene bien agarrados con sus trampas legales.

—¿No había manera de rehusar la invitación, jefe? —preguntó la hermosa Iva al tiempo que movía sus pestañas.

—Creo que no. Habríamos perdido la nave, el cargamento e incluso podría meternos en la cárcel por una temporada —dijo Elliot—. Pero este asunto sólo me concierne a mí.

Vosotros podéis rescindir vuestro contrato y largaros. La responsabilidad es sólo mía.

—No es mala idea —exclamó Anastasio—. Sin tripulación, el jefe no podrá ir a ese maldito planeta y el oficial del Orden Estelar quedará chasqueado.

Byron golpeó la cabeza de Piatelli con el puño cerrado.

—No seas idiota, Anastasio. Eso significaría la cárcel para

nuestro jefe. ¿Tú serias capaz de dejarle pudrirse en una de las nauseabundas celdas de este mundo?

—Oh, claro que no. Lo siento. No lo había pensado. Si el capitán tiene que ir a Loranka, no seré yo quien le deje abandonado. ¿Pero es que nadie va a explicarme lo que sucede allí y dónde está ese planeta?

Elliot sonrió. Estaba seguro que su tripulación se dejaría matar antes de dejarle en un aprieto como aquél.

—Tienes razón, Anastasio. Y también derecho a conocer la situación. Cuando termine de decirte lo que pasa en Loranka puedes rectificar tu decisión y quedarte en Indared.

—Explíquemelo, jefe; pero seguiré contigo.

—Loranka —dijo Elliot después de encender un cigarrillo— está a doscientos años luz de aquí. Es un planeta tipo Tierra y posee un satélite un poco mayor que la Luna, pero habitado. El Orden Estelar fue rechazado por sus habitantes hace años y, por lo tanto, toda aquella extensa zona estelar quedó cerrada.

»Desde hace unos años existe allí una guerra civil. No estoy muy seguro, pero creo que se trataba de un pleito de sucesión. La guerra es feroz y dilatada, debido a su retraso tecnológico. El gobierno estaba enclavado en el satélite, llamado Anre. Además disponían allí de la industria pesada e instalaciones fabriles. El planeta estaba dedicado a la agricultura y explotaciones mineras, ya que es muy abundante. En cambio, Anre es un planetoide muy pobre excepto en reservas energéticas radiactivas.

»Hubo un golpe de estado que triunfó en Anre, pero fracasó en Loranka. Por tal motivo la guerra que estalló hace años aún sigue. Estas noticias son de hace tiempo, por lo que no puedo asegurar lo que actualmente está sucediendo.

—Esa pareja que subió a bordo debe ser de allí, ¿no? —preguntó Dore, quien al contrario que su hermana, tenía un cabello larguísimo de tono verdoso. Era lo único que diferenciaba a las gemelas de Brugana. Iva lo llevaba corto y muy negro, con reflejos rojizos.

—No estoy seguro. A ese respecto, el oficial Corrigan no ha sido muy explícito.

Iva dijo, mientras le brillaban sus ojos:

—Seguro que es una vieja recientemente rejuvenecida.

—¿Por qué supones tal cosa? —preguntó Elliot divertido. Comprendía que las dos tripulaciones no habían recibido con alegría a la pasajera.

—Intuición femenina, capitán. Pese a sus ademanes de gran señora estoy segura que dentro se esconde una mente vieja y calculadora.

Anastasio resopló.

—Vaya. Teníamos de sobra con las dos hermanitas y ahora tenemos que soportar a otra más. —En voz baja, para que no le oyeran las Shaw, añadió—: Esperemos que no sean tan ardientes como ellas.

—Eso es todo lo que puedo deciros, amigos —dijo Elliot—. Ahora id a vuestros puestos. Partiremos dentro de un par de horas.

Empezó a volverse para tomar asiento. El camarote era pequeño, pero con toda su tripulación allí resultaba insoportable. Se giró cuando notó un extraño silencio. Al otro lado de la puerta estaba Aidara Zamalt. Todos la miraban como si fuese un bicho extraño.

—Quiero hablar con usted, capitán —dijo Aidara.

Elliot asintió.

—Me alegro. Pensaba llamarla para concretar con usted algunos puntos aún no muy claros para mí.

Byron dijo:

—Muchachos, dejemos solo al capitán. Tenemos trabajo.

Fueron saliendo. Tony miró a Aidara con arrobamiento, las gemelas Shaw quisieron fulminarla con la mirada. El pequeño Anastasio caminó de puntillas delante de ella, levantando la barbilla. Elliot creyó ver que le había guiñado un ojo antes de alejarse por el pasillo.

—Ahí hay un taburete, señora —dijo Elliot—. Puede sentarse si lo desea.

—Llámame Dama Zamalt, capitán. Es mi título-replicó ella, tomando asiento pausadamente. Se recogió un poco su vestido. Ya no vestía aquél tan transparente y provocativo… Era uno de color rojo, con extraños bordados en oro.

—Lo que desee, señora —silabeó Elliot.

Ella no se inmutó ante el tono de desdén del capitán.

—¿Qué quiere de mí, capitán?

—Dígame usted antes para qué ha venido. Tal vez sea más

importante.

Aidara se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo—. Es posible que con lo que le diga quede satisfecha su curiosidad.

—Adelante. Dispongo de algunos minutos para perderlos con usted.

Elliot estaba dispuesto a comportarse un poco groseramente, pero se dijo que debía andarse con cuidado. Aquella mujer no parecía ser amiga de aceptar frases hirientes.

—Es vital para la supervivencia de Loranka que Wurango Too y yo lleguemos antes de dos semanas a allí.

—Conozco algo de la guerra existente entre Loranka y Anre, pero ignoro cómo está la situación allí.

—Existe un compás, una espera. Al menos eso sucedía hace seis meses. Pero los rebeldes de Anre están a punto de cometer una salvajada.

—Todas las guerras son una salvajada. Y las civiles, aún más.

—Es cierto. Pero el gobierno legal de Anre no daba motivos para la rebelión.

—¿No? Eso dicen siempre los que están en el poder y ven que sus privilegios se encuentran amenazados.

—Puede pensar lo que quiera, pero Loranka y Anre vivían en paz y la población era libre. La dinastía Lheita nunca fue déspota.

—¿Por qué no aceptaron la incorporación al Orden Estelar? Si lo hubieran hecho hoy no existiría el conflicto.

—Creí que usted odiaba al Orden, capitán —preguntó Aidara, mordaz.

—No me simpatizan, pero conozco cómo actúan. No habría estallado la guerra si su planeta estuviera integrado porque el Orden no lo habría permitido. Admito que son decentes hasta ahora y necesarios en muchas partes de la Galaxia —rió—. Pero me molestan porque me impiden realizar mis negocios.

—La dinastía Lheita era adorada por el pueblo. El rey Ulergo fue engañado realmente cuando rechazó la presencia de la organización llamada el Orden, presionado por algunos nobles y militares. Poco después estalló la rebelión, que nunca fue secundada por el pueblo. Pero en Anre la mayoría era adicta a destronar al rey y éste fue ejecutado. En cambio, en Loranka los rebeldes fracasaron. Pese a

que los hijos de Ulergo murieron en el asalto al palacio, existen patriotas que supieron tomar el mando y devolver a Loranka y Anre la paz y las libertades perdidas.

—Todo esto es muy bonito —sonrió Elliot—. En realidad no me importa lo que pasa en su patria, señora, perdón Dama Zamalt. ¿Qué hacía usted en la Tierra y por qué quiere volver ahora a Loranka?

—Al ver que la guerra se había estabilizado, Wurango Too logró romper el cerco e ir a la Tierra. Yo vivía allí desde antes que comenzara el conflicto, oculta, incluso temiendo que los agentes de los rebeldes me encontrasen. Wurango me localizó y ambos acudimos en ayuda del Orden.

—¿Pretendían que el Orden enviara sus flotas para restablecer la paz usando la fuerza? —Dijo Elliot moviendo la cabeza—. Yo nací en la Tierra y sé cómo actúa el Orden. Ya no pueden inmiscuirse en los asuntos internos de una nación que los rechazó.

—Así me lo dijeron, lamentándolo mucho. Pero Wurango, aunque tenía una respuesta semejante, tenía que intentar convencer al Alto Mando del Orden. La situación se está haciendo a cada momento más peligrosa para los que se resisten a los rebeldes.

—¿Qué sucede?

—Anre piensa que no puede ganar la guerra si ésta se dilata más tiempo. Aunque cuentan con la mayor parte del armamento, carecen de reservas humanas y materiales. Por eso están decididos a iniciar una guerra bacteriológica. Tal vez en estos instantes estén ya bombardeando la superficie de Loranka con virus desarrollados en sus laboratorios.

Elliot enarcó una ceja. Le asqueaba la idea.

—¿Es que no disponen de bombas termonucleares? Guerra de virus. Algo que ni los más salvajes usan desde hace siglos…

—Los rebeldes no quieren destruir las instalaciones mineras ni los cultivos de Loranka, pues dependerán de ellos en el futuro. El virus que disponen es mortal, pero se autodestruye en pocos meses.

—¡Pero morirán centenares o miles de millones de seres!

—Seguramente algunos millones, sí. Cuando Loranka se rinda acudirán a salvar a la mayoría, a la que esclavizará para siempre.

—Absurdo. ¿Por qué toda esa locura?

—El líder de los rebeldes es belicista. Siempre quiso conquistar

otros sistemas solares, aumentar el poder de Loranka antes que sea imposible negar la incorporación de ésta al Orden Estelar.

—¿Quién es ese tipo?

—El sobrino del rey Ulergo, el mariscal Tekingh.

—Si es cierto todo lo que usted dice, mal lo van a pasar los supervivientes. Por cierto, ¿será efectivo el antídoto que tienen preparado los rebeldes cuando Loranka se rinda?

—Sí. El virus sólo será efectivo una semana después de que sea arrojado sobre los objetivos. En la Tierra nos entregaron dosis suficientes para neutralizar los que arroje Tekingh. Es incluso de mayor poder. Esparcirlo en la atmósfera será suficiente.

—Vaya. Eso quiere decir que ustedes salvarán a Loranka, ¿no?

—Exacto. Wurango lleva las dosis en unas cápsulas. ¿Comprende ahora por qué tenemos que llegar a Loranka?

—Por supuesto, pero sus razones no nos facilitarán la entrada. Si mis informes son correctos, las naves de Anre han formado un eficaz bloqueo alrededor de Loranka. ¿Cómo pasaremos? Además, algunos puntos del planeta están bajo el poder de los ejércitos de Anre, que con graves pérdidas lograron establecer una cabeza de puente. Aquello será un infierno.

—Desde luego no será un paseo, pero tuvimos cuidado al elegirle a usted y su nave, capitán. Pese al feo y deprimente aspecto del «Zidac», sabemos que es potente y podrá burlar los patrulleros anredanos.

Elliot hizo un gesto desesperado.

—Corrigan lo pensó todo bien.

—Lo hicieron en la Tierra. Allí fue usted el escogido para la misión.

—De acuerdo, aunque no me hubiera forzado el teniente, creo que la habría ayudado una vez conocidos los motivos. ¿Por qué no me lo dijeron? No soy insensible y me gusta ayudar a las causas nobles, aunque mi condición de contrabandistas posiblemente le haga pensarlo contrario.

—Medidas de seguridad. El antídoto que llevamos es el único disponible. Si el enemigo sabe lo que transportamos hará lo imposible por impedirnos llegar a Loranka. Indared es un planeta inseguro. Sospechamos que allí hay espías de Anre, ya que Tekingh teme que el Orden vulnere su Código y ayude a Loranka.

—Temores infundados —suspiró Elliot—. Bien, lo que me ha dicho es interesante, pero ahora debe usted escucharme. Si queremos llegar vivos a Loranka debemos ser precavidos.

—¿Qué quiere decir?

—Que tenemos que ser convincentes. Por ejemplo, que no sospechen que llevamos el antídoto: Recuerde que este carguero lleva las bodegas vacías.

—¿Y bien?

—Que debemos llenarlas. He oído en alguna parte que Loranka está pagando a alto precio ciertas mercancías que desde la ruptura con Anre escasean. A unos simples contrabandistas no les harían muchos los anredanos si nos atrapan. Debemos tener una buena pantalla.

—¿Qué sugiere?

—Que llenemos las bodegas con mercancías apetecidas en Loranka.

Aidara entornó los ojos para mirarle.

—¿Sería factible? ¿Por qué no lo dijo en Indared?

—Porque allí aún no conocía a fondo el asunto. Además, mercancías de Indared serían sospechosas. Nada de lo que allí hay sirve para una guerra. Precisamos algo sólido. Por ejemplo, creo que en nuestra ruta forzosa hacia Loranka hay un planeta ideal para hacer unas compras.

—Entonces realizaremos una escala. ¿Qué planeta es?

—Ulane, un cubil de contrabandistas y piratas. ¿Qué tal cilindros de energía? Entre ellos podemos camuflar los que contienen el antídoto.

—Magnífica idea, capitán. Tiene mi autorización para llevar a cabo ese plan.

—Gracias —dijo Ronald de mala gana—. Claro que queda un asunto que resolver.

Aidara enarcó una ceja interrogadoramente.

—Dinero —añadió Elliot.

—Usted recobró parte del que pagó por el contrabando en Indared.

—Eso es. Pero es mi dinero. No pienso soltar un mínimo de crédito más. ¿Me entiende?

La leve sonrisa que iba apareciendo en el rostro de la mujer se

disolvió en un gesto adusto.

—¿Cuánto?

—Un millón de créditos.

—¡Eso es una suma enorme!

—Tenemos que ser convincentes —sonrió Ronald—. No olvide que si el camuflaje no sirviera porque los patrulleros de Anre no consigan detenernos, los valientes soldados de Loranka agradecerán un cargamento de energía, de la que no pueden estar muy sobrados.

Aidara se levantó. Se había mordido ligeramente los labios.

—Apenas estemos en el espacio, Wurango le entregará el dinero.

—Por favor, qué sea negociable en bastantes mundos. Los comerciantes de Ulane son desconfiados —sugirió Elliot.

—No se preocupe —replicó la mujer, abandonando el camarote airadamente.

# CAPÍTULO III

—Es un certificado por millón y medio de créditos galácticos, capitán —dijo Wurango—. Supongo que los comerciantes de Ulane lo considerarán sólido pese a llevar el refrendo del Orden Estelar.

Elliot emitió un silbido, levantó la mirada de la placa de metal indestructible, finísima y plateada. La dobló cuidadosamente y la guardó en el interior de su caja fuerte.

—No tenga la menor duda. No hay un planeta que tema y odie tanto al Orden Estelar, pero no sólo no rechazan su dinero, sino que lo aprecian porque en casi toda la Galaxia es admitido sin reserva alguna. Pero yo sólo pedí a Dama Zamalt un millón.

—Cuando ella me contó su plan, consideré que valía la pena arriesgar todo cuanto tenemos. Además del antídoto podemos llevar a Loranka energía, de la que no están sobrados.

El hombre empezaba a hacer una inclinación de cabeza para despedirse cuando Elliot le contuvo con un gesto.

—Un momento, Wurango. —El capitán tosió discretamente—. ¿Por qué no me lo ha traído la propia Dama Zamalt? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, capitán.

—Bueno, había temido que la entrada en el hiperespacio la hubiese afectado. Dentro de dos días llegaremos a Ulane. Ejem, he dicho a Byron que debemos forzar la marcha, hacer el viaje hasta Loranka en menos días de lo previsto.

—Gracias, capitán.

—Ah, Wurango. Olvidaba decirle que… —Elliot se contuvo y se sintió irritado consigo mismo—. Hace más de veinte horas que Dama Zamalt no sale de su camarote y… ¿Podría invitarla de mi parte a una cena esta noche? Las chicas han preparado un buen menú y Tony Lye ha encontrado unas botellas de vino de Sikayha.

El estático rostro de Wurango emitió una leve sonrisa al

responder:

—Por supuesto, capitán. Un rato después, Elliot mostraba a Byron la lámina que le entregó Wurango.

—Por el Espacio Profundo que nunca vi tanto dinero junto —exclamó—. ¿De dónde ha sacado esta gente tanto dinero?

—Me imagino que el Alto Mando del Orden Estelar les ha untado bien las manos. A la Tierra les conviene que Tekingh no venza en la guerra.

El gigantesco Byron se encogió de hombros.

—Sí, de acuerdo. Con ese antídoto, Anre no vencerá a Loranka. ¿Y qué? La guerra no terminará. ¿Qué piensa hacer el Orden para que Loranka termine triunfador?

—Tiempo —respondió Elliot volviendo a guardar el certificado —. Anre está desesperado. Se derrumbará por sí solo apenas transcurran unas semanas, si Loranka puede resistir. El entusiasmo que Tekingh inculcó a sus oficiales se diluye lenta pero inexorablemente. Alguien terminará asesinándolo si antes no huye al confín de la Galaxia.

—¿Quién te asegura eso, Ron?

—Lo pienso yo, pero esta noche Aidara me lo confirmará.

—¿Es que piensa salir por fin de su camarote? —Byron sonrió torvamente—. Después de aquella entrevista contigo no parecía tener muchas ganas de verte, ¿no?

—Confío que esta noche salga —masculló Elliot.

—¿Qué te pasa? Te sientes culpable por la forma con que la trataste ¿eh? ¿O se trata de algo más profundo e íntimo?

—Vete a paseo, maldito seas.

Byron se marchó riéndose por el pasillo.

* * *

Las gemelas sirvieron la cena en medio de amplias sonrisas. Iva sirvió los platos y Dore escanció el rojo vino, regalo de Tony Lye.

Llevándose la copa a los labios, Aidara miró a Elliot a través del cristal. Dijo:

—Creí que cenaríamos con los demás, capitán.

—¿Le disgusta hacerlo en mi compañía únicamente?

Ella hizo un mohín difícil de interpretar.

—Las chicas de su tripulación se comportan muy amablemente

—dijo Aidara cuando Dore trajo los postres y se retiró con rapidez —. La primera impresión que me dieron fue que mi presencia a bordo les molestaba.

—Admito que tiene razón, Dama Zamalt —respondió sutilmente Elliot.

—¿Acaso están enamoradas de usted?

Ronald tuvo que tener cuidado para qué su copa no resbalase de entre sus dedos. Reprimió la risa y dijo:

—Oh, no. Ellas son muy especiales —optó por no explicar las peculiaridades de las gemelas—. Digamos que son como unas hermanas para mí. Vamos, no ponga esa cara de incredulidad y créame. Es cierto que al principio no estaban muy conformes con su presencia en el «Zidac», pero era porque pensaban que usted me había puesto a mí en una encrucijada muy peligrosa. Ahora la comprenden a usted y a Wurango, una vez que saben la misión que nos lleva a Loranka. Diría que incluso la admiran, Dama Zamalt.

—Su tripulación le quiere, capitán. Y usted confía en todos ellos.

—Así es.

—¿Por qué es contrabandista?

—No lo considero un crimen. Nunca he hecho daño a nadie.

—Vulnera las leyes.

—Todo el mundo lo hace. Digamos que soy partidario del libre cambio en toda la Galaxia y me parecen absurdas algunas leyes proteccionistas. Pero hablemos de usted, Dama Zamalt.

—Con una condición, capitán.

Elliot se puso en guardia y su mano se detuvo a medio camino, a unos centímetros de la botella de vino de Sikayha.

—¿Cuál?

—Deje de llamarme Dama Zamalt. Aidara, por favor.

Escanció un poco de vino en la vacía copa de la mujer y muy contento, dijo:

—Ronald, pero los íntimos me llaman Ron.

—Por nosotros, Ron. Por nuestra feliz llegada a Loranka.

Elliot se inclinó sobre la mesa, rozó su copa con la de Aidara y dijo con vehemencia:

—Por ti, por la mujer más hermosa que nunca he visto.

En aquella ocasión Elliot se alegró de disponer de un camarote tan reducido. Mientras se adelantaba para besar a Aidara por

encima de la mesa, con el pie izquierdo terminó de cerrar la puerta.

* * *

Iva Shaw y Byron cruzaron una mirada de complicidad cuando Ronald entró silbando en el puente de mando.

La muchacha se cortaba las uñas mientras alzaba uno de sus grandes ojos hacia el panel del computador central. Byron no tenía otra cosa que hacer sino repantigarse en el sillón y poner los pies sobre la parte vacía de su consola de mandos.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Elliot, mirando la pantalla por encima de los hombros de Iva.

—Perfectamente, jefe —dijo la chica estudiando críticamente la mano terminada—. ¿Qué te parece si me pinto las uñas de plata? ¿Harían juego con mi vestido rojo?

—Oro y rojo combinan mejor —replicó Elliot—. Pero mejor que se lo consultes a tu hermana.

—Se lo preguntaré a Dama Zamalt. Ella parece una mujer de buen gusto. Viste con mucha elegancia.

Elliot escuchó una sorda risa detrás suya. Se volvió ligeramente y Byron, al sentirse descubierto, bajó la mirada.

—Estoy seguro de que tienes razón —gruñó Elliot, comprendiendo que su tripulación pretendía burlarse de él—. ¿Cuándo llegaremos a Ulane?

—Hace dos horas que hemos salido del hiperespacio, Ron —dijo Byron—. El planeta ya lo tenemos a vista de telescopio.

—Descenderemos antes de veinticuatro minutos, jefe —añadió Iva.

—Magnífico. Quiero aterrizar en Enalville, en el astropuerto del sur.

—¿El viejo Closh? —preguntó Byron.

—Sí. Es el menos ladrón de esa partida de truhanes. Byron, quiero que tú y Dore os encarguéis de adquirir los cilindros. Convenced a Closh que han de estar a bordo antes que salgan las lunas.

—¿Seis horas tan sólo? —Exclamó Byron—. Esa premura hará que el viejo Closh aumente el precio.

—Si no es excesivo… Quiero salir de Ulane cuanto antes. Wurango me ha dicho que tengamos cuidado, que pueden existir

espías de Anre. No me extrañaría nada que descubriésemos cruceros de los rebeldes en el astropuerto. Suelen repostar aquí cuando escoltan a sus cargueros.

—Jefe, ¿por qué no nos acompaña también Iva? —preguntó Byron.

Elliot enarcó una ceja. Las dos chicas juntas en la ciudad podían ser más peligrosas que una bomba.

Iva se apresuró a levantar una mano y prometer:

—Le juro, jefe, que nos portaremos bien. Si nos sobran unos minutos, mi hermana y yo queremos hacer unas compras.

El capitán se encogió de hombros, otorgando así su silencioso consentimiento.

Cuando se marchó del puente de mando se arrepintió enseguida.

En Ulane escaseaban las mujeres completamente humanas y en cambio abundaban las humanoides, no muy apreciadas por cierto por la mayor parte de la población. Dore e Iva podían formar jaleos con sus exuberante presencia. No temía por ellas, ya que sabían cuidarse de sí mismas. Pero… Si no hubiera dicho que sí de forma tan rápida le habría dado tiempo para meditarlo y negar que las chicas bajasen.

Pero no le gusta rectificar sus decisiones. Además, si ellas tenían interés en hacer unas compras, se molestarían mucho si las obligaba a quedarse a bordo.

* * *

Cuarenta minutos más tarde, Elliot hizo entrega a Byron del certificado de millón y medio de créditos galácticos. Hicieron bajar de la nave un vehículo y el segundo oficial y las dos chicas montaron en él. Desde la esclusa, Elliot observó cómo el coche se perdía entre las distintas pistas de anclaje.

Enalville poseía tres astropuertos. El situado al sur de la ciudad era el más pequeño y Elliot lo había elegido por recomendación de Wurango. Si había alguna nave de Anre en el planeta estarían, con seguridad, en el astropuerto del norte o del este, más amplios y con mejores instalaciones.

Una hora más tarde, el viejo Closh le llamó por videófono.

Una cara arrugada y barbuda apareció en la pantalla.

—Hola, Ronald —la boca del viejo sonrió mostrando una

dentadura ennegrecida—. Hace mucho tiempo que no te dignabas venir por aquí. ¿Qué te traes entre manos?

—¿A qué te refieres? —preguntó Elliot.

—No te hagas el tonto. Esa cantidad de energía que quieren comprar para ti tus hombres es excesiva.

—¿Por qué haces preguntas tontas? ¿No has visto el dinero que llevan? Oh, Closh, si en tus almacenes no existen esos cilindros dímelo y ellos irán a otro proveedor.

—Maldita seas, Ronald —el viejo escupió volviéndose a la derecha—. Puedo cubrir el ochenta por ciento de lo que pides ahora mismo, pero el resto no estará listo hasta pasado mañana.

Los días en Ulane duraban treinta horas y aquello suponía demasiado tiempo para los planes de Elliot.

—Quiero hablar con Byron. Le diré que vaya a otro.

—Un momento, un momento. Pueden ser veinte horas.

—No. Quiero partir antes del anochecer.

—¡Pero eso sólo me dará cinco horas!

—Así es.

—Ningún comerciante te podrá servir.

—Lo intentaré.

El viejo se puso rojo.

—Podré hacerlo, pero mis honrados colegas me cobrarán más por los cilindros si les doy prisas. Sólo podré entregarle diez mil cilindros por ese dinero, Ronald.

—Doce mil.

—¡Vete al infierno y que otro pierda dinero por ti, Ronald! —estalló el viejo.

Ronald temió que había ido demasiado lejos.

Entonces una mano empujó a Closh, ocupando el campo de visión de la pantalla. Era Byron, y dijo mirando a su jefe:

—Déjame qué me encargue yo de esto. Ron.

Elliot frunció el ceño, pero detrás de Byron aparecieron las dos hermanas Shaw. También pudo ver cómo Closh las miraba con arrobamiento.

Comprendió y reprimió una sonrisa. Dijo a Byron:

—De acuerdo. Lo dejo en tus manos.

Antes de que transcurrieran veinte minutos, Byron le llamó.

—El cargamento estará al pie de la nave antes de una hora, Ron.

—Te felicito. ¿Cómo has convencido a ese viejo usurero?

—Las gracias debes dárselas a las chicas —rió Byron:

Byron regresó a la nave al frente de los camiones de Closh, cargados con los cilindros. Elliot no se asombró al firmar el recibo por doce mil unidades. Pero empezó a alarmarse cuando las chicas se retrasaban en volver.

Apenas estuvieron los cilindros en las bodegas, Byron le dijo:

—No te preocupes por ellas. Recuerda que querían hacer unas compras.

Iva y Dore volvieron antes del anochecer. El coche particular del viejo Closh las llevó hasta la nave. Subieron cargadas de paquetes que se apresuraron a llevar al camarote que compartían.

Elliot comentó a Byron:

—Han debido gastarse la paga de un año.

—Nada de eso —rió el segundo oficial—. Closh suele ser muy generoso a veces, amigo.

Elliot disimuló un gesto de contrariedad.

—No me gusta lo que han hecho.

—Vamos, no seas quisquilloso. Closh está encantado, aunque un poco necesitado de descanso. Y respecto a ellas ya sabes que se divierten mucho dando un poco del ímpetu que les sobra. La gente de Brugana sigue sin comprendernos a nosotros, Ron. Ellos no valoran lo que para muchos son prejuicios. Creo que el sexo es el deporte nacional en Brugana.

Elliot se alejó camino del puente, pensando que nunca entraría en sus cálculos visitar Brugana algún día.

Cuando el «Zidac» se elevó con su preciosa carga y comenzaba a acelerar se recibió un mensaje de Closh para las hermanas. Escuetamente, el comerciante solicitaba la mano de una de ellas al capitán. No le importaba cuál fuera.

Elliot mostró el mensaje a las chicas y éstas estallaron en carcajadas. Se retiró del alborotado camarote, con ropas esparcidas por todas partes. Pensó que las pieles y joyas debieron haber dejado en números rojos la operación que Closh había hecho con él.

En el puente ocupó el puesto de vigilante del computador.

A su lado, Byron le echó una mirada interrogante.

—Se merecen un descanso —dijo Elliot—. Ahora están muy ocupadas probándose trapos.

# CAPÍTULO IV

En el tercer nivel, Ronald acarició la cintura de Aidara y volvió a besarla.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó ella sonriente.

—He notado que Wurango nos espía —dijo Elliot torvamente—. ¿Has tenido relación con él alguna vez?

Ella soltó Una risa divertida.

—¿Celoso?

—Digamos molesto. Desde que partimos de Ulane se muestra muy serio conmigo. ¿Por qué?

—Es un nombre introvertido, cariño. Pronto llegaremos a Loranka y…

Elliot dejó de abrazar a Aidara.

—Esa idea me pone frenético —dijo—. Un sexto sentido me dice que cuando lleguemos a tu mundo algo nos separará.

—No digas tonterías. Allí las cosas pueden ser mejores.

—Opino todo lo contrario. Claro que si tú estás dispuesta a venirte conmigo una vez que entregues a tus compatriotas el antídoto…

—Estoy segura que una vez en Loranka todo será fácil, cariño. Ahora debes disculparme. No sabía que me traías aquí para hacer el amor.

—¿Para qué entonces?

—No sé. Quizá para mostrarme algo de la nave.

—Te burlas de mí.

—No, en serio. Tengo que hacer un trabajo en mi camarote. Se trata de un informe que debo entregar a las autoridades de Loranka. Pero te prometo que nos veremos esta noche, cuando todos duerman.

Elliot la dejó marchar. Luego, muy despacio, ascendió hasta el nivel principal. Caminaba por el pasillo tan ensimismado que no vio

a Wurango hasta que lo tuvo encima.

—Quiero hablar con usted, capitán. —Dijo el hombre.

Después de echarle una mirada seca, Elliot asintió y dijo:

—Yo también, Wurango.

—Pasado mañana llegaremos a Loranka.

—Eso lo sabe todo el mundo a bordo.

—He preferido dejar esta conversación hasta el último momento, capitán.

—Dígame de una vez lo que sea, porque yo también tengo que preguntarle algo.

—Capitán, no es tan sencillo —suspiró Wurango—. Resumiendo, es aconsejable que deje de intimar con Dama Zamalt.

—Perfecto. Precisamente iba a preguntarle a usted por qué nos espía y parece mostrar hacía mí cierta animadversión últimamente.

—No siento ninguna antipatía por usted, capitán, pero es inadecuada su amistad, por llamarlo de alguna forma, con Dama Zamalt.

—¿Era ella antes su amante?

El rostro de Wurango se tornó gris y Elliot vio que crispaba las manos.

—Podrían ofenderme sus palabras, capitán, pero estimo que usted ignora lo que realmente pasa.

Elliot, enfurecido, agarró a Wurango por la pechera de su casaca.

—Dígame de una vez lo que, encierra su sucia mente…

Wurango se deshizo de un manotazo de Elliot y en aquel momento tronó en toda la nave la sirena de alarma.

Antes de echar a correr hacia el puente, Elliot gritó a Wurango:

—Continuaremos esto más tarde.

Cuando sonaba la alarma en el «Zidac» podía deberse a muchas cosas, pero Elliot se quedó de una pieza cuando penetró en el puente y Byron, alterado, le dijo:

—Ya estamos liados, jefe. Apenas llevamos cinco horas volando por el espacio normal cuándo hemos sido localizados.

Después de cinco días de navegación hiperespacial, una nave como el «Zidac» tenía que retornar al universo tridimensional para reajustar la ruta. Aún estaba a dos horas de poder escaparse de nuevo a velocidad superlumínica cuando sucedía aquello.

—¿Qué es? —preguntó Elliot sentándose en el otro sillón de control.

—Un crucero armado. Se ha identificado como anredano. —No tienen autoridad aquí. Estamos muy lejos del sistema planetario de Loranka— mascullo Ronald, efectuando lecturas del computador.

Entraron las hermanas Shaw. Vestían sucintamente unas pieles carísimas. Ambas tomaron sus puestos en silencio. Desde la sala de máquinas, Anastasio Piatelli le dijo que estaba dispuesto para cualquier contingencia.

Tony Lye llegó diciendo que los dos pasajeros estaban en sus respectivos camarotes, bien seguros y con trajes espaciales a mano.

Entonces Elliot asintió a Byron, para que le pasara la llamada de la nave de Anre.

En la pantalla surgió el rostro de un hombre difuso, debido a que la visera de su traje de presión despedía destellos.

—Soy el comandante Sikkur al marido del crucero de Anre. Quiero que se identifiquen. Su nombre, capitán, y datos del carguero y mercancía que transporta.

—Soy el capitán Ronald Elliot y ésta es la nave «Zidac» de matrícula vegana.

—¿Cuál es su destino?

Elliot se mordió los labios. Ahora llegaba lo peor de la situación. Había confiado no ser interferido hasta estar a menos de un millón de kilómetros de Loranka. Entonces, aunque hubiesen sido abordados, los rebeldes de Anre se habrían conformado con decomisar el cargamento e incluso dejarles continuar hasta Loranka. Al tratarse de una nave de Vega, confederación aliada al Orden Estelar, no se habrían atrevido a destruirla.

Pero estaban demasiado lejos de Loranka. Podían perder el cargamento allí para luego ser detenidos de nuevo por otro crucero, que al no encontrar nada en las bodegas les registrarían a fondo y los cilindros con el antídoto podían ser descubiertos.

Elliot no tuvo otra salida que responder:

—Betelgeuse.

El comandante Sikkur torció el gesto detrás de su escafandra.

—Está dando un rodeo demasiado amplio.

—Hemos cargado en Ulane.

En seguida se dio cuenta Elliot que había cometido un grave

error. Admitir que procedían de Ulane significaba que su trayectoria era recta hasta entonces. ¿Por qué ir a Betelgeuse después de partir de Ulane cruzando el sistema planetario de Loranka?

—Tengo que inspeccionar su nave, capitán —dijo Sikkur—. Enviaré una chalupa con un destacamento.

—No tiene derecho a hacerlo, señor. Estamos en espacio libre. Fuera de los dominios de Loranka.

—Ésta es una nave de Anre y puedo hacer lo que pretendo, capitán.

—Elevaré una protesta a las autoridades de Vega y el Orden Estelar sabrá que las naves de guerra de Anre vulneran las leyes.

—Son leyes del Orden, que nosotros no reconocemos —rió Sikkur—. Capitán, si se niega ordenaré que su carguero sea destruido y nadie sabrá nunca lo que ha pasado aquí.

Elliot resopló.

—Está bien. Envíe a sus sabuesos.

—Su actitud es muy sospechosa, capitán. Y todavía no me ha dicho que clase de cargamento lleva. Apostaría que se dirige a mi sistema planetario.

—Venga usted y véalo por sí mismo.

—Eso haré. Le recuerdo que los proyectores láser de mi crucero están apuntando. Lo harán mientras duran las maniobras de aproximación.

La pantalla se apagó y Elliot estaba muy pálido cuando se volvió hacia su tripulación.

—Olvidemos nuestro plan, muchachos.

Byron bajó la mirada. Conocía el plan de Elliot porque en más de una ocasión lo habían llevado a cabo. Cuando un aduanero se aproximaba al «Zidac», todo confiado, ellos ponían en marcha los motores, se alejaban unos miles de kilómetros y antes que pudieran recibir los iracundos disparos, se sumergían en el hiperespacio.

Pero con el crucero anredano pegado a ellos sería imposible intentar algo que de por sí ya era arriesgado.

—Tony, ¿dónde están los cilindros del antídoto? —preguntó Ronald.

—Entre los demás que forman nuestras reservas de energía.

—Pues coge todos los auténticos excepto dos y mételos en las bodegas con los que compramos a Closh.

—¿Por qué?

—Esos perros nos podrán quitar la carga, pero no se atreverán a dejarnos sin reservas de energía.

—¡Pero si lo hace sólo nos quedaremos con dos para hacer navegar al carguero!

—Eso es lo justo para llegar a Loranka.

Tony se marchó del puente murmurando.

—Es arriesgado —dijo Byron—. Supongamos que sale bien tu plan y esos anredanos se conforman con dejarnos las bodegas vacías, y que incluso llegamos a Loranka. ¿Qué pasará después? Ése es un planeta con problemas energéticos. ¿Confías que nos darán combustible para regresar a casa? ¡Vaya negocio que estamos haciendo!

—Esto no es un negocio, sino una misión de ayuda a un mundo que lucha por su libertad —replicó Elliot airadamente.

Y Byron resopló:

—Esa mujer te ha comido el seso y no piensas racionalmente.

Elliot fulminó a su amigo con la mirada.

—Te daría un puñetazo si dentro de unos minutos esto no estuviera lleno de soldados.

—Guárdalos para ellos.

Elliot salió del puente en dirección a la cámara principal de presión. Por el camino pensó que los soldados enrédanos no podían sospechar que los pasajeros fuesen súbditos de Loranka… Llevaban identificaciones falsas, proporcionadas por el propio Orden Estelar, lo que significaba que nadie podría dudar de su autenticidad.

Descubrió a Wurango en el pasillo. La presencia de aquel hombre le enfureció más.

—¡Métase en su camarote y no salga! Un pelotón de soldados de Anre va a registrarlo todo.

—Hemos tenido mala suerte, capitán. —Wurango estaba pálido —. Confiábamos en no ser detenidos tan lejos de Loranka.

—No tema nada. Ellos no sospecharán que son de allí. Sus pasaportes afirman que son terrestres y ante esto no se atreverán a tocarles un pelo —suspiró hondo y dijo—: Quiero que advierta a Dama Zamalt qué no salga de su camarote. De todas formas será mejor que Sikkur y sus hombres no la vean.

—¿Sikkur? ¿Ha dicho Sikkur? —preguntó Wurango con voz

temblorosa.

—Sí. Así se llama el comandante del crucero. ¿Qué importa?

—Sikkur nos identificará. Sabrá que somos de Loranka. Y entonces usted y sus hombres lo pasarán mal. Y lo peor de todo es que el antídoto no llegará nunca allí.

Elliot entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo es posible que Sikkur le reconozca a usted? ¿Quién es usted en realidad para ser tan popular?

—No se trata de mí, capitán, sino de Dama Zamalt.

—¿Quién es ella entonces?

—Ahora no hay tiempo. La sacaré del camarote. Debe esconderse, capitán.

—Está loco. Si esos patrulleros son como todos, llevarán localizadores neutrales y sabrán dónde hay un humano, aunque se meta en la caldera atómica.

—¿Qué podemos hacer entonces?

Elliot movió la cabeza.

—Usted, nada. Déjemelo todo a mí.

—No cometa ninguna tontería, Elliot. Sea prudente con esas gentes. Los oficiales adictos a Tekingh suelen ser fanáticos. Saben que si pierden la guerra no habrá lugar para ellos.

—¡Le he dicho que se marche y me deje en paz! —Gritó Elliot—. Tengo que ir a recibir a esa jauría.

Wurango inclinó la cabeza y se retiró por el pasillo. Elliot bajó hasta el siguiente nivel, deteniéndose delante de la cámara de presión. Encendió un visor secundario y observó cómo una chalupa se desprendía del crucero anredano, ahora sólo a mil metros de ellos, y se dirigía hacia el «Zidac».

El carguero se estremeció cuando los anclajes le unieron a la nave de Anre. Lentamente, Elliot abrió una alacena y sacó un soldador pequeño, que guardó dentro de la bocamanga de su traje.

Luego esperó pacientemente.

# CAPÍTULO V

Un soldado ayudó al comandante a despojarse del casco. Una cabeza furibunda apareció, escudriñando los alrededor res. Un par de ojos tibios se posaron en Elliot.

—Bien, capitán —dijo Sikkur—. Espero ahora que me diga qué clase de cargamento transporta.

—Cilindros energéticos —replicó tranquilamente.

—Vaya. Eso es peligroso. ¿Y su destino?

—Loranka. Me han dicho que allí pagan bien esa clase de mercancía.

Sikkur soltó una carcajada.

—Seguramente le aconsejó un enemigo suyo, capitán. ¿Cómo podía esperar romper el cerco que ejercemos sobre Loranka?

Elliot se encogió de hombros.

—No sé. Confié en mi suerte. ¿Me permite, comandante?

Sikkur siguió a Elliot varios pasos, ceñudo. Detrás suyo quedaron veinte hombres con trajes espaciales y armados hasta los dientes.

—Sólo el hecho de ser usted terrestre le salva de que le lance al espacio, capitán. Por supuesto, el cargamento queda decomisado. Además, ordenaré a mis hombres que registren cada palmo de su nave, aunque tardemos dos días. Su actitud es sospechosa.

—¿De veras?

—¡Claro que sí! Primero su actitud hostil y ahora me viene con sumisiones. ¿Qué pretende?

—Tengo doce mil cilindros, comandante —dijo Elliot y esperó la reacción de Sikkur.

El comandante no pudo reprimir un gesto de asombro.

—Eso supone una buena cifra. No le creeré si me dice que usted ha montado sólo este negocio: —Sikkur rió nervioso—. Esta nave tiene mal aspecto. Seguro que detrás hay una organizarán fuerte

que le apoya, capitán. ¿Tal vez el Orden Estelar?

—Eso no importa. Comandante, usted podría ganar una fortuna a cambio de dejarnos marchar.

—¿Un soborno? —dijo, divertido, Sikkur.

—¿Por qué no?

—Es usted idiota. Si esa energía llegase a los lorankanos la guerra se prolongaría unos mese más. ¿Por qué añadir más muertos a la contienda?

Elliot sabía que el comandante no se vendería. Era lo último que tenía que saber antes de actuar. Con rapidez se agachó y tomó el soldador. Con la otra mano agarró al comandante por el cuello, empujándolo contra la pared. Le puso la boca del soldador entre los ojos y gritó a los atónitos soldados:

—¡Quietos todos! Al menor gesto hago saltar la tapa de los sesos de vuestro comandante.

Los soldados habían empezado a levantar sus armas, pero las bajaron cuando vieron lo que Elliot empuñaba, aunque se trataba de una herramienta de trabajo, podía acabar con su jefe con sólo apretar un segundo el disparador.

—¿Qué pretende, capitán? —jadeó Sikkur.

—Ordene a sus hombres que se larguen. Nosotros nos vamos con usted, comandante. Será nuestra garantía hasta que estemos a salvo.

Elliot dejó de aprisionar el cuello de Sikkur y le arrebató el láser portátil que llevaba pendiente del cinto.

Luego pidió a los soldados que regresasen al interior de la cámara y volviesen al crucero. Pero entonces el comandante, aprovechando un instante de distracción de Elliot, le dio un empujón.

Elliot trastabilló. Sikkur empezó a correr hacia sus hombres, gritando:

—Disparad contra él, os lo ordeno. Aunque yo tenga que morir.

El capitán agitó la cabeza confundido. No había esperado aquel gesto heroico del comandante. Levantó el láser y disparó. El comandante saltó en el aire y cayó con un enorme boquete en el pecho.

Un oficial se destacó del pelotón de soldados y saltó hacia el cadáver de su jefe. Elliot disparó de nuevo, pero los rayos se hundieron en el inmóvil cuerpo de Sikkur.

Elliot aprovechó el asombro de los soldados de Anre y saltó a un pasillo lateral. Hizo descender detrás de él la puerta de acero y siguió corriendo. Antes de subir al nivel principal pulsó los botones de bloqueo: Los soldados quedaban aislados, pero no por mucho tiempo. Con algún tiempo y el uso de sus armas podían hacer saltar los obstáculos.

Se detuvo, maldiciendo entre dientes. Todo se había venido abajo. No había contado que el comandante se le resistiese y prefiriese morir antes de permitir que él se saliese con la suya escapando.

Ahora estaban perdidos. El oficial que tomase el mando estaría furioso no ya sólo contra él, sino contra todos los que viajaban en el «Zidac».

Byron salió de una esquina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustado, al ver a Elliot armado con una pistola que no pertenecía a la escasa dotación de armas de la nave.

Elliot se lo explicó concisamente.

—Pues estamos listos, amigo —suspiró Byron—. Ahora no nos salvará nuestra condición de terrestres ni que este carguero esté matriculado en Vega: Podríamos intentar desprendernos de los anclajes del crucero y salir pitando.

—Estamos bien sujetos. Saltarían en pedazos los motores.

Byron miró fijamente a Elliot.

—¿Es que habría otra solución? Apenas nos cojan nos harán pedazos. Y de forma poco agradable.

Elliot asintió:

—Iré, a ver a Aidara. Se lo explicaré todo.

—Haz lo que quieras, pero yo lo prepararé todo para la traca final. Te avisaré cuando esté listo.

Después de asentir, Elliot se retiró por el fondo. Tenía que cruzar casi todo el nivel principal antes de llegar a los camarotes que ocupaban los lorankanos. Dejó atrás el nervio de comunicación central y penetró en un pasadizo estrecho. A ambos lados, cerca del techo, se le mostraron las negras bocas de los conductores de ventilación.

Una de las rejillas estalló y el negro cañón de un enorme láser empezó a salir del conducto. Elliot sólo tuvo de tirarse al suelo,

levantar el arma y disparar casi sin apuntar. El soldado cayó desde una altura de tres metros pesadamente.

Terminó de salir del pasadizo y se apostó en la siguiente esquina. El oficial que había tomado el mando estaba actuando deprisa y de forma inteligente. No había perdido el tiempo destrozando las puertas de acero, sino que estaba utilizando el sistema de ventilación para sorprenderle por la espalda.

Desesperado, Elliot miró a su alrededor. Cerca tenía una puerta. Podía cerrarla, pero si lo hacía no podría regresar al puente de mando. Aquel camino le conduciría a los camarotes ocupados por Aidara y Wurango.

Se dirigió hacia ella y de un golpe pulsó el botón que la hizo bajar con un chasquido.

—Van mal las cosas, ¿no? —Era Wurango. Estaba detrás suya. Sostenía una pistola de largo cañón.

—¿Qué hace aquí? ¿Dónde está Aidara?

—En su camarote. La encerré cuando quería salir de allí.

Elliot asintió. Wurango había hecho bien. Luego, recobrando el aliento, añadió:

—Esta puerta los mantendrá durante media hora escasa. Por esta sección no llegan los conductos de gran diámetro.

—Pero podrán derribar la puerta.

—Sí, apenas traigan del crucero unos láseres de mayor potencia.

Se sentó en el suelo. Distraídamente revisó el láser que había arrebatado al comandante. La carga se había reducido a la mitad. Pero aquello no le preocupó. Dudaba que tuviera ocasión de usar la restante.

—¿Qué harán?

—Usarán gases o derribarán la puerta. Pero antes Byron hará saltar el cargamento en un millón de pedazos. ¿Le consuela si le digo que el crucero también saldrá malparado?

Wurango le respondió con una mirada, imperturbable.

—Será lo mejor. Todo antes que Aidara caiga en poder de esos perros.

Elliot abrió la boca, pero en aquel momento una especie de enorme martillo golpeó la puerta que defendían. Wurango la tocó con la palma de la mano y la retiró pronto. Empezaba a arder.

Segundos después el metal comenzó a tornarse de un tono rojo

vivo.

Se retiraron del creciente calor. Elliot indicó a Wurango que se apartase de la línea de tiro. Los soldados dispararían a discreción sus armas apenas consiguiesen un pequeño boquete en la puerta.

La puerta cayó derretida poco después. En medio del vapor provocado por el metal surgieron varias cortinas de rayos láser. Todo el pasillo y la estancia siguiente se convirtieron en un túnel de fuego.

No había más sitios a donde retirarse en aquella sección del nivel principal. Elliot miró a Wurango y sintió admiración por el extraño hombre. Ante su serenidad no tuvo más remedio que sentirse impresionado.

Los disparos aminoraron un poco y se escuchó un tropel de pisadas metálicas avanzar. Elliot apretó su arma y se mordió los labios.

Un soldado pasó delante de él y un segundo después caía fulminado. Los siguientes no tenían espacio para revolverse y disparar con sus enormes rifles láseres. Fue una pequeña ventaja para los dos hombres. Elliot y Wurango dispararon al mismo tiempo y causaron tres bajas. Pero venían más anredanos.

Tuvieron que separarse, quedar aislados.

Entonces cesó todo de pronto. El siniestro silbido de los láseres calló.

Estupefacto, Elliot se despegó de la pared. Escuchó dos disparos más y se envaró. Pero el siguiente silencio le provocó el deseo de atisbar.

Al otro lado del estrecho pasillo se movían unas figuras. El color y modelo de sus trajes era distinto a los oscuros de las tropas de Anre.

Al verlos, los desconocidos se apartaron, como si temieran ser blanco de los disparos de Elliot.

Una voz le gritó:

—Eh, no disparen. Somos amigos.

A Elliot la voz le sonó a femenina. Terminó de asomarse y avanzó entre los cadáveres de soldados de Anre. Quien le había hablado tiró de su casco especial, agitó la cabeza y una enorme mata de pelo negro pareció convertirse en una bandera.

—Soy Norma Lan —la mujer mostró una sonrisa en medio de un

rostro tiznado—. Ah, ahí veo a Wurango Too.

Wurango avanzó con una amplia sonrisa y los brazos extendidos.

Las manos de Wurango y la llamada Norma Lan se apretaron.

—Norma Lan. Sólo tú podías haberte presentado en un momento como éste —exclamó Wurango.

Elliot no comprendía nada de todo aquello, pero suponía que estaban salvados y aquello le bastaba por el momento.

—Te presento al capitán Ronald Elliot, de la Tierra —dijo Wurango, indicando al propietario del carguero.

Norma se volvió hacia Elliot y sus ojos brillaron al estrecharle la mano.

—¿Puede decirme qué ha pasado? —preguntó Elliot.

—Hace dos mese que estábamos detrás de la pista del carguero del comandante Sikkur. Fue algo tedioso seguir su rastro a través del hiperespacio, al fin nos acercamos cuando salió al universo normal. Mi nave lo hizo justo a tiempo para ver cómo os abordaban.

—No me digas que sabías que estábamos aquí, Norma —rió Wurango.

—¡Claro que no!, ha sido una descomunal suerte. Los anredanos estaban tan ensimismados con el abordaje que no se dieron cuenta que nos acercábamos, colocándonos a su lado. El crucero es nuestro y toda la tripulación se rindió sin apenas disparar un tiro. Creo que estaba muy desalentada ante la muerte de su comandante.

»Pero en el carguero había un oficial pertinaz, ¿no? Bueno, ahora está descansando en otra vida menos alocada que ésta.

Elliot resopló y se pasó la mano por la sudorosa frente.

—Ha sido una suerte que una nave armada de Loranka nos haya localizado a tiempo —dijo.

—Norma Lan comanda una nave corsario desde que comenzó la guerra, capitán —explicó Wurango—. A veces pasan meses sin que sepamos dónde está. Pero tiene siempre la extraña habilidad de aparecer cuanto más se necesita de su ayuda.

Wurango se disculpó y regresó al fondo de la sección.

Elliot observó a Norma dar órdenes a sus hombres para que se llevaran los cadáveres. Entonces recordó a Byron y solicitó a Norma que le acompañase al puente de mando.

—Si tardamos mucho y Byron no recibe noticias mías, es capaz

de enviarnos a hacer compañía al comandante Sikkur y al pertinaz oficial.

Norma le miró con admiración cuando Elliot explicó que estaban dispuestos a realizar una maniobra mortal antes de permitir caer prisioneros en manos de los anredanos.

—¿Qué hace Wurango a bordo, capitán?

Después de anunciar a sus amigos encerrados en el puente que estaban salvados, Elliot explicó, extrañado a Norma:

—Le llevo a Loranka. ¿Quién es Wurango?

—¿No se lo ha explicado? —preguntó Norma divertida—. Wurango siempre con sus enigmas. Él es el heredero de los Too, una noble familia fiel a los Lheita. Y no hay nadie más fiel a la familia real que Wurango entre todos los Too.

—Veo que desconoce usted mucho de los últimos acontecimientos de Loranka.

—No puedo estar enterada de lo que pasa por allí a cada instante —replicó tristemente Norma.

—Lo comprendo. Bueno, es que además de Wurango llevo otro pasajero. Mejor dicho, una…

Calló porque por el pasillo se acercaba Aidara Zamalt seguida de Wurango.

Al verla, Norma hincó una rodilla en el suelo y bajó la cabeza.

Elliot miró la escena sin saber qué pensar.

—Señora —empezó a decir Norma—, mi alegría es ahora más grande al saber que os habéis librado de la muerte.

Wurango se adelantó y tocó a Norma en un hombro, diciéndole que se levantase.

—La princesa Lheita te está agradecida por lo que has hecho, Norma Lan —dijo el hombre gravemente.

Entonces Elliot presentó una escena que le dejó sin habla y el cerebro sumido en un mar de confusiones.

Aidara miraba distante a Norma, como un ser superior. Adelantó una mano derecha que Norma tomó con delicadeza y acarició dos veces. Luego, de espaldas, se retiró unos pasos de la mujer que ella había llamado Lheita.

—Tu presencia ha supuesto una victoria contra nuestros enemigos, Norma. ¿Acaso sabías que tu princesa viajaba en este carguero?

Wurango se apresuró a contestar en lugar de Norma, explicando los motivos de su presencia en aquel lugar del espacio.

Asombrado, Elliot vio como Aidara asentía gravemente, recogía su larga capa y le daba la espalda a su salvadora sin pronunciar una sola palabra. Sin poderse contener, irritado, rezongó:

—Aidara, ¿pero qué demonios…?

Wurango aferró un brazo de Elliot. Cerca había varios hombres y mujeres que participaron en la lucha final contra las tropas de Anre. Se movieron ante las palabras del capitán.

—Silencio, capitán —dijo Wurango en un susurro—. Deje las cosas ahora.

Le arrastró hasta un rincón.

—¿Qué le pasa a Aidara? Nunca la he visto así y no tolero que se le hable a Norma de tal forma, ni siquiera Aidara. ¡Norma nos ha salvado a todos!

—Eso lo sabemos todos, capitán. Y recibirá su recompensa a su debido tiempo. Es más, dudo que Norma le haya dado la menor importancia a lo que para usted es tan trágico.

—Tiene que explicarme muchas cosas, Wurango.

—Desde luego. Podemos continuar nuestra charla interrumpida por la llegada del crucero anredano —dijo Wurango.

—¿Aidara es…?

—¿Lo adivina? ¿Lo comprende ahora todo, capitán? Toda la familia Lheita murió, excepto un miembro que se hallaba en aquellos momentos en la Tierra. La mujer con la que usted ha sostenido un idilio imposible es Aidara de Lheita, la única esperanza de Loranka para restablecer la paz.

—¿Entonces todo el asunto del virus y el antídoto que transportamos es mentira? —Masculló Elliot—. ¿Sólo un ardid para embarcarme en esta aventura?

Wurango negó con fuerza.

—Ojalá, capitán. Por desgracia, Tekingh, primo de Aidara, posee el arma bacteriológica. Todo lo que le contamos es verdad.

—Pero me ocultaron la verdadera identidad de Aidara.

—Eso es cierto. Teníamos que atravesar el cerco anredano y tal vez conocer la verdad le hubiese puesto nervioso.

Elliot agitó la cabeza, como si así quisiera colocar en orden las ideas.

—Tengo que hablar con Aidara.

—¿Con la intención de aclarar la situación entre ustedes? Deje eso ahora, capitán. Recuerde que tenemos que volver al hiperespacio. Antes de treinta horas estaremos sobre Loranka. Con la incorporación de la nave de Norma Lan podremos burlar los cruceros de Anre.

—Es posible que tenga razón, Wurango. Me equivoqué con usted. ¿Podría…?

—¿Disculparle? Bah, capitán. Nuestra gratitud hacia usted todavía es muy grande.

Antes de alejarse, camino del puente, Elliot masculló entre dientes:

—Sí, ya sé cómo Aidara agradece los servicios prestados.

Y Wurango se encogió de hombros, pensando que los terrestres eran difíciles de comprender. Demasiado temperamentales, tal vez.

## CAPÍTULO VI

—Ron está imposible —se quejó Tony Lye a Byron.

—Déjale. Tiene problemas.

—Ya. ¿Se trata de esa mujer?

—Claro.

—Bueno, ya se ha divertido un poco con ella. ¿Por qué tomarla en serio?

Byron miró toscamente a Tony.

—¿Nunca te has enamorado? —Al observar el gesto de asombro de Tony, añadió—: Entonces no lo entiendes.

—Ella es una princesa, sí. ¿Y qué? Es una mujer como las demás.

—Política y estratégicamente es diferente. Está destinada a rehacer la casi extinguida dinastía Lheita, que siempre condujo los destinos de Loranka-Anre con cierta eficacia. Y está por medio el Orden Estelar, al cual le interesa que Aidara asuma el poder cuando termine la guerra. El rey Ulergo hubiese firmado la integración de su reino en el Orden si los planes de Tekingh no hubieran sido otros.

—Ya se le pasará. Oye, Byron, ¿cómo sabes tú todo eso?

El gigantesco segundo oficial se encogió de hombros.

—Mantuve una cordial conversación con Wurango. Me equivoqué con ese tipo. Ha resultado ser una buena persona.

—Ron arriesgó su vida por salvar a la princesa. Al menos se merece que ella le sonría de vez en cuando. Pero desde el asalto de los anredanos no parece buscar la compañía del capitán.

—Quizá esté nerviosa debido a la aproximación de Loranka. Llegaremos dentro de unas horas. —Byron se pasó la mano por la cara—. Dios, ¿qué habría pasado si Ron no dice a Wurango que el comandante del crucero de Anre es Sikkur?

—Sé que Wurango se alteró mucho cuando lo supo. ¿Qué pasó?

—Sikkur perteneció a la guardia real antes de la sublevación.

Conocía muy bien a la princesa. Ni todos los documentos de la Galaxia habrían impedido que él supiera que la mujer bajo el falso título de Dama Zamalt es la princesa de Lethia. No se habría dejado engañar.

—Bueno, ahora está muerto y tenemos muchas posibilidades de entrar en Loranka, sobre todo con la ayuda de la nave de Norma Lan. —Tony entornó los ojos—. Ésa sí que es una mujer, Byron. Hermosa, atractiva y valiente.

—Demasiado decidida tal vez para mi gusto —gruñó Byron. Hizo un gesto a Tony para que callase. Ronald entraba en el puente, ocupando su sillón.

Elliot desvió la mirada hacia la pantalla. Faltaban treinta minutos para salir del hiperespacio. Confiaba que la nave de Norma coincidiría con su carguero en el punto acordado. Entonces ambas naves debían dirigirse hacia Loranka.

Norma Lan había prometido que ella abriría camino hasta la zona controlada por las fuerzas lorankanas, en un punto donde los cruceros de Anre no se atrevían a aproximarse.

Elliot se preguntó qué habría pasado si Norma no hubiese llegado tan milagrosamente a tiempo. Sonrió al pensar en la valiente muchacha. Además tenía profundos conocimientos de estrategia. Ella había remolcado al crucero capturado. Había dicho que sería el señuelo para que las naves que cercaban Loranka sufrieran un gran despiste.

Según Norma, la presencia del crucero del comandante Sikkur haría que los patrulleros de Anre abriesen un amplio hueco en el cerco.

Al mismo tiempo, apenas estuviesen en el espacio Normal, Norma enviaría a las autoridades de Loranka un mensaje en clave anunciando su llegada, con la importante pasajera. Una salida de las naves leales reforzaría las probabilidades de una arribada satisfactoria.

Salió del puente Tony Lye y entró Iva Shaw. Elliot se sentía más seguro en las difíciles maniobras que se avecinaban si era una de las hermanas la que ocupaba el puesto de navegantes.

Aún faltaban unos minutos y cerró los ojos un instante. Pensó en Aidara. Se sintió repentinamente mal. Desde que subió a bordo Norma Lan, la mujer que amaba se comportaba de forma

desconcertante. No parecía la misma. Él había intentado hablar con ella y aclarar las cosas, pero ella rehuyó una charla profunda, limitándose a quitar importancia a lo que Elliot pensaba si la tenía.

A partir de entonces apenas salió del camarote. Y por la noche Elliot advirtió, lleno de sorpresa primero y luego de ira, que la cerradura estaba echada.

* * *

En el puente cedió la tensión y las sonrisas florecieron.

—Lo conseguimos, jefe —rió Byron nerviosamente.

Iva se levantó y estampó un sonoro beso en los labios de Elliot.

—Gracias, amigos. Ahora podemos relajarnos un poco.

En la pantalla gráfica apareció la silueta de la superficie de Loranka, aún a veinte kilómetros de distancia. Se escuchó la voz de Norma, que no podía ocultar su alegría.

—Ha sido más fácil de lo que pensamos. Desde hace unos minutos nos escoltan dos escuadrillas de naves lorankanas. Nos trazarán el camino hasta la capital del planeta, Karan. Allí nos espera el gobierno provisional. Pueden comunicar a la princesa que en estos momentos se está notificando al planeta entero que la hija de Ulergo regresa a la patria. La alegría es indescriptible.

—Gracias, Norma Lan —dijo Elliot, un poco molesto en cambio. Se imaginó un recibimiento tumultuoso, vítores y aclamaciones a Aidara. Aquello significaría que ella se alejaría más de él—. Todo te lo deberán a ti.

Norma soltó una carcajada, un poco nerviosa, y dijo:

—Bah, capitán Elliot. Tú has sido, quien ha traído a la princesa. Por cierto, ¿puedo llamarte Ron como lo hacen tus amigos?

Elliot no pudo evitar sonreír. Le gustaba el entusiasmo de Norma.

—Desde luego. Nos veremos luego abajo, Norma.

Después de cortarse la comunicación, Byron comentó:

—Esa chica vale su peso en oro.

Y Elliot tuvo que admitir que Byron tenía razón.

* * *

El carguero había bajado hasta los diez, mil metros y desde

hacía cinco minutos estaba decelerando.

La nave de Norma no podía moverse en la atmósfera tan lentamente y comunicó a Elliot que se adelantarían, esperándoles en Karan.

Las naves de escolta habían regresado al espacio una vez que consideraron que estaban a salvo los viajantes del carguero. Hasta Karan la ruta era segura y Elliot calculó que llegaría a ella en menos de veinte minutos.

En Karan las cosas sucedieron más o menos como Elliot se había imaginado.

La ciudad no había sufrido mucho durante la dilatada guerra y ofreció un magnífico aspecto a los terrestres. Sus habitantes se echaron a las calles y durante todo el trayecto desde el astropuerto hasta la residencia del gobierno provisional tributó a Aidara un entusiasta recibimiento.

Los terrestres fueron trasladados a un edificio cercano a la residencia, una vez que la ciudad recobró un poco la calma.

Wurango les acompañó y sólo cuando fueron instalados en cómodas habitaciones, les explicó:

—No nos consideren desagradecidos. La población aún no conoce su participación porque hemos decidido por el momento silenciarla por motivos obvios.

—No quieren inmiscuir a la Tierra y al Orden, ¿verdad? —dijo Elliot. A él personalmente le resultaba indiferente recibir de los lorankanos muestras de agradecimiento o no.

—Exacto, capitán. Por desgracia, entre la población de Loranka existen adictos a Tekingh.

—¿Cómo reaccionará Tekingh cuando sepa que no acabó con la dinastía Lheita al apoderarse de Anre?

—Se pondrá furioso —rió Wurango—. Me he informado que aún no ha utilizado su arma bacteriológica —suspiró—. Seguramente lo hará pronto.

—¿Sabe que hemos traído el antídoto desde la Tierra?

—No lo sabemos. El asunto lo llevamos muy en serio. Posiblemente teme que en la Tierra son capaces de contrarrestar su valioso virus, pero no puede estar seguro. Como supondrá, hemos silenciado al pueblo la amenaza de epidemia para que el pánico no cundiera. Tampoco ahora le diremos nada, aunque podamos

neutralizarla.

Elliot asintió.

—Sí, es una medida prudente. ¿Cómo piensan utilizar el antídoto?

—En realidad se trata de un esterilizante. Apenas sepamos cuál es el lugar donde será arrojado el virus, por cierto de una vertiginosa reproducción, lo cubriremos con el antídoto. El margen de seguridad será del cien por cien.

El capitán acompañó hasta la salida de las habitaciones a Wurango. Allí frunció el ceño al ver patrullar al otro lado a varias parejas de soldados de Loranka.

—¿Estamos vigilados? —preguntó Elliot.

—Nada de eso, capitán. Queremos que estén tranquilos. —Wurango miró fijamente a Elliot—. Sorprendentemente usted aún no me ha preguntado cuándo podrán partir.

Elliot estudió al enigmático personaje. Aunque últimamente se había humanizado seguía siendo un ser introvertido.

—Lo haré tan pronto su gobierno nos lo permita y tengamos seguridades de cruzar el cerco.

—Creo que será pronto, capitán. Ah, estas estancias son provisionales. Estamos preparando otro sitio más seguro para todos ustedes, incluyendo a la princesa. Les enviaremos a una isla, que apenas nadie conoce.

—¿Por qué?

—Esta ciudad, Karan, ha sido respetada hasta ahora por Tekingh. Nunca la atacó. Tal vez pensando que podría serle útil una vez que ganase la guerra. Pero si él sabe que Aidara está aquí puede lanzar un ataque desesperado esperando acabar con ella.

Anunciaremos que la princesa necesita un descanso. Será conducida en secreto a esa isla. También es aconsejable que ustedes no sean vistos. Por tanto irán también a ese refugio. Por supuesto, si están conformes. No queremos dar la sensación de que queremos controlarles.

Elliot no tuvo más remedio que meditar la alternativa. Por un lado deseaba alejarse de Loranka cuanto antes, pero el recuerdo de Aidara, del amor que sentía por ella, le impulsaba a acceder a marchar a la isla, estar a su lado.

—De acuerdo. ¿Cuándo partimos?

Esta misma noche. Viajaremos protegidos por la oscuridad.

Elliot le vio marcharse y regresó con su tripulación, que en aquellos momentos daba buena cuenta de una sabrosa comida regada con mejor vino. No tenía apetito y se aproximó a una ventana. Desde allí podía ver el cercano edificio donde habían llevado a Aidara. Alrededor de él aún había grupos de curiosos que momentos antes habían enronquecido dando vivas a la princesa y prometiendo el más doloroso final para el cruel Tekingh.

Una hora antes de anochecer llegó Norma Lan. Vestía ahora un ajustado traje escarlata que realzaba sus formas. Saludó con efusión a los terrestres y dedicó a Elliot la más extensa de sus constantes sonrisas.

—Ron, hemos llevado el «Zidac» a los astilleros. Tiene que sufrir ciertas reparaciones y cargar energía. También mi nave precisa una revisión a fondo. —Se alzó graciosamente de hombros—. Llevaba tres años sin venir por aquí y los ingenieros se han llevado las manos a la cabeza, jurando que no comprenden cómo no hemos saltado en pedazos mis hombres y yo. Bueno, eso me obligaría a quedarme aquí algún tiempo y por eso pedí que me permitieran servir en la escolta de la princesa.

—¿Quieres decir que vendrás con nosotros a…? —Elliot calló, enrojeciendo un poco—. Bueno, no sé si debería decirte que nos llevaran a cierto lugar secreto.

—No seas tonto —rió Norma—. Wurango será el encargado de la operación y acaba de hablar conmigo. Me lo ha dicho todo. La isla se llama Eghala y es un lugar precioso, según me ha asegurado. Sus playas son deliciosas y sueño con el momento de darme larguísimos baños en sus azules aguas. ¿Sabes nadar?

Un poco aturdido ante el entusiasmo de Norma, Elliot sólo atinó a asentir con la cabeza.

—¡Magnífico! Nos bañaremos juntos y saltaremos sobre las rabiosas olas de los rompientes.

—Norma, ¿por qué quieres venir con nosotros? —preguntó Elliot, mirándose en los bellos ojos de Norma.

—La princesa necesita ser protegida. El gobierno provisional pondrá bajo mi responsabilidad una nave, que servirá para poner a la princesa a salvo si algo inesperado ocurre y debe acudir a toda prisa a esta ciudad.

—Tú la admiras, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Sabía que algún día volvería de la Tierra —miró a Elliot con los ojos entornados en ademán pícaro—. No creas en los milagros, Ron. Yo estaba a la expectativa, vigilando vuestra ruta de aproximación a Loranka. Por eso estaba allí, pudiendo intervenir tan oportunamente.

—Es verdad —asintió Elliot, sintiéndose un poco defraudado. Su orgullo varonil había sufrido una pequeña derrota.

Por un momento había pensado que había despertado en Norma algún tipo de interés.

Pero cuando Norma se alzó sobre las puntas de los pies y le alcanzó el rostro para besarle, regresaron a él las dudas.

Luego, a solas, otras dudas le atormentaron. Y ahora no eran de tipo sentimental.

Norma le había dicho algo que no estaba de acuerdo con lo dicho por Wurango. Según éste, en Loranka nadie sabía, excepto los miembros del gobierno provisional, que Aidara vivía en la Tierra.

Y Norma Lan llevaba mucho tiempo sin pisar Loranka. ¿Cómo sabía que Aidara Lehita volvía a Loranka acompañada de Wurango?

¿Cómo sabía Norma la ruta del «Zidac» con tanta exactitud como para poder intervenir tan justamente y atajar el ataque de Sikkur y sus hombres?

Eghala era una isla paradisíaca de treinta kilómetros cuadrados. El refugio disponía de toda clase de comodidades y Wurango aseguró que no podía ser localizado desde el aire.

Pero Elliot no pudo disfrutar inmediatamente de los encantos del lugar. Había intentado hablar a solas con Aidara, j pero siempre había gente alrededor, servidores o miembros de su tripulación. Además, Norma apenas se separaba de ella.

Aburrido, con una copa de licor local en la mano, Elliot preguntó a Wurango:

—¿Qué tal marcha la guerra?

—Estabilizada, como ocurría desde hace meses, según me han informado. Las cabezas de puente enemigas están reducidas al mínimo y tenemos la esperanza que terminarán reembarcando las tropas.

Era de noche y sobre las tranquilas aguas, la luna Anre esparcía su alto albero. Wurango la señaló:

—Los dos millones de kilómetros escasos que nos separan confieren a este conflicto unas condiciones muy particulares, capitán —dijo emitiendo una sonrisa resignada—. Ambos bandos disponen de potentes medios de observación y nos vigilamos mutuamente, despiadadamente. Podemos asegurar que tanto Anre como nosotros conocemos los movimientos de naves y tropas. Por eso sabemos que están preparando una flota para enviarla a Loranka y reembarcar a sus ejércitos.

Elliot miró alarmado a su interlocutor.

—Eso podría significar que están preparándose para bombardearnos con los virus.

—Ojalá. Saldríamos de incertidumbres.

—¿Lo dice en serio?

—Claro que sí. Es la última arma de que dispone el tirano Tekingh para vencernos. Si fracasa optará por huir mientras tenga tiempo. Y espero que se lleve a ese montón de ambiciosos que le secundaron en su rebelión. Eso nos evitaría juicios sumarísimos y las consiguientes ejecuciones. La paz volvería al sistema.

—Mis hombres quieren marcharse cuanto antes, Wurango.

—¿Usted es de la misma opinión?

Elliot se puso en guardia.

—¿Lo dice por Aidara?

—Exacto. No me gusta dar rodeos para ir a un punto ya previsto. Comprenderá que Aidara es todo un símbolo para nuestro pueblo. Ella no podría desposarse con un extranjero. La dinastía…

—Creo que eso lo deberá decidir Aidara, ¿no?

—Ella necesita consejos, capitán.

—¿Los suyos?

—Serán los más desinteresados. Aidara es una muchacha inteligente, pero los acontecimientos la han perturbado un poco. Debe comprenderlo. Supo la muerte de sus padres y demás familiares cuando estaba en la Tierra. Su mente quedó trastornada y desapareció: Estuvo así algún tiempo, pese a nuestros esfuerzos por localizarla. Incluso con la ayuda de las autoridades del Orden tardamos demasiado tiempo. Antes de partir de la Tierra estuvo recluida unas semanas en un sanatorio. ¿Sabe lo que sucedió? Amenazó con matarse. No permitió que los doctores la examinasen. Afortunadamente y muy despacio fue volviendo a la normalidad.

Por eso decidí traerla a Loranka, al mismo tiempo que el antídoto proporcionado por la Tierra. E intervino usted. Ella debió encontrarle atractivo y cayó en sus brazos como si quisiera protegerse del desamparo en que había estado viviendo, siempre huyendo de supuestos o reales agentes enviados por su primo Tekingh.

—Parece muy seguro de lo que dice, Wurango-dijo, irritado, Elliot.

—Creo estar en lo cierto. ¿Acepta un reto, capitán?

—Es posible. Dígame cuál es.

—Trate a Aidara con naturalidad, olvídese del amor o capricho que por ella siente durante unos días: El comportamiento de ella me dará la razón. Seguro que le olvidará.

—Por el momento me es imposible hablar a solas con Aidara.

—Haré lo posible para que lo consiga. ¿Me promete marcharse si se convence de que lo suyo con Aidara sólo fue consecuencia de un estado anímico de ella?

Elliot dudó unos instantes, pero respondió de mala gana:

—De acuerdo.

# CAPÍTULO VII

Ronald levantó la mirada del libro cuando sintió que la puerta de su dormitorio se abría. Escuchó pasos sobre la alfombra. §e levantó del sillón de un salto. Notó la presencia de una mujer y pensó que se trataba de Aidara.

Pero era Norma Lan quien penetró en la estancia. Vestía un delicado vestido femenino y su bello rostro había admitido un ligero maquillaje. Elliot la encontró seductora y la recibió con una sonrisa que no tenía nada de forzada.

—Buenas noches, Norma.

—Hola, Ron. No te vi en el comedor.

—No tenía apetito.

—Me senté en la mesa de tu tripulación. Son todos encantadores.

—¿Incluso las hermanas Shaw? —preguntó con sorna.

—En cierto modo, sí.

—¿Quieres una copa?

Ella negó con la cabeza y se aproximó a la ventana. Anre arrojó su luz sobre ella filtrándose a través del transparente vestido y Elliot admiró el cuerpo de Norma.

—Noto a tus hombres impacientes por abandonar Loranka. ¿Me equivoco si pienso que tú no opinas como ellos?

—Antes tengo que hacer algunas averiguaciones.

Sin mirarle, Norma dijo gravemente.

—Ella no te ama, Ron.

—Ese puerco entrometido de Wurango… Te envía él, ¿verdad?

—No.

—¿También tú, entonces, te dedicas a justificar el comportamiento de Aidara, suponiendo que ella sólo pretendió pasar de forma más agradable el viaje, usándome?

—Mis razonamientos son más sólidos que los de Wurango, Ron.

Se acercó a él. Elliot notó la tibieza del cuerpo y se estremeció.

—¿Qué quieres decir?

—Puede ser que no tardes en enterarte de algunas cosas que incluso el todopoderoso Wurango ignora, que nadie en Loranka sabe.

—Dime…

Ella le echó los brazos al cuello y le besó.

Entonces Elliot olvidó su curiosidad, hizo que el suave vestido se deslizara por los hombros de Norma y la condujo hasta la cama.

* * *

Elliot tenía varias preguntas que bailaban en sus labios. Se volvió para mirar a Norma. Dormía plácidamente, con un rictus de felicidad en su rostro. Se levantó de la cama y encendió un cigarrillo. La noche era fresca y acudió a la ventana para cerrar un poco las puertas. Pensó que debería esperar unas horas para interrogar a la muchacha.

Entonces empezaron a sonar los silbidos de los láseres y estampidos de las bolas de energía. Y la noche se convirtió en día por unos instantes.

Norma saltó del lecho como impulsada por un resorte.

—Nos atacan —bramó Elliot, maldiciendo no tener allí ni un cortaplumas a mano.

Salieron al pasillo y él siguió a Norma. La habitación de ella estaba cerca.

—Tengo armas ahí —dijo Norma.

Entró en su dormitorio y salió con dos láseres grandes.

Por el pasillo llegaron corriendo las Shaw, Tony y Byron además de otros residentes de la isla.

—¡Están atacando todo el ala norte! —gritó Byron.

—He visto descender naves, docenas de ellas. Saltaron hombres y entraron en las viviendas —añadió Tony—. ¿Dónde está Piatelli?

Nadie le respondió. Norma recomendó que los que no estuvieran armados se retirasen hasta el fondo del eje principal de las viviendas.

Al entrar en el ala norte, vieron que algunos soldados de la pequeña guarnición retiraban a algunos compañeros heridos. Siguieron adelante y vieron algunos cadáveres. Más allá les salió al

paso un oficial al mando de media docena de soldados. Todos estaban aturdidos por el inesperado y violento ataque.

—Nos cierran el paso hasta las habitaciones de la princesa —dijo con voz enronquecida el oficial. Echó un vistazo a Norma y a Elliot, pero no comentó nada de su desnudez.

—Aidara —exclamó Elliot dando un paso adelante—. Tenemos que protegerla…

—No sea loco, amigo-gritó el oficial. —Hay más de cien comandos enemigos bloqueando las entradas. Se ha pedido ayuda al continente. Karan ha prometido enviar ayuda inmediata y se cubrirá el cielo de naves interceptoras.

—¿Es que van a quedarse quietos viendo como matan a la princesa? —interpeló airadamente Elliot al oficial.

—¿Cree que me gusta lo que pasa? Maldita sea, han matado a muchos de mis hombres y apenas me quedan éstos para hacer algo. ¿Qué sugiere?

—Tiene razón, Ron —dijo Norma, insultantemente serena ante los ojos de Elliot—. No podemos seguir por ahí. Tomemos el ascensor y bajemos hasta el hangar donde tengo mi nave. Allí estarán algunos de mis hombres. Saldremos; por el acantilado e intentaremos situarnos sobre el ala norte antes de que sea demasiado tarde.

Byron se les unió y Elliot dijo que podía serles de utilidad en caso de que no hubiera suficientes tripulantes para la nave de Norma.

Todas las dependencias de la residencia estaban llenas de humo. Los sistemas de aire acondicionado no funcionaban y el calor empezaba 4 hacerse agobiante.

Tardaron cinco interminables minutos en llegar al hangar. De los tripulantes de Norma sólo había dos hombres y tres mujeres. Ella dijo que serían suficientes y corrieron hacia el vehículo de guerra.

Los motores ya estaban en funcionamiento y diez segundos más tarde rodaban en dirección a la salida del hangar situado sobre el acantilado.

Fue un despegue deficiente. Por un instante parecieron precipitarse hacia las negras aguas, pero la enorme mole espacial se elevó en el último instante y ganó altura.

Norma se había vestido con un mono de mecánico y manejaba la

nave, mordiéndose los labios. Explicó:

—No es fácil maniobrar en la atmósfera.

Elliot estuvo de acuerdo. También vestía un mono usado y lleno de grasa. Por el comunicador se aseguró que los cinco tripulantes estaban en sus puestos, vigilando el aire a través de los visores de los lanzadores de energía. Byron se ocupaba del transmisor.

Ronald estudió las esferas de situación. La nave giró hacia la izquierda y aparecieron las primeras unidades enemigas, estacionadas a unos centenares de metros sobre la isla. Puso visión infrarroja y comunicó a los artilleros que sólo disparasen contra las naves de Anre que estuvieron cubriendo la posible huida de los comandos que habían descendido sobre la residencia.

—Intentarán llevarse viva a Aidara —dijo Norma.

—¿Por qué molestarse? La matarán…

—No la matarán.

Y Elliot miró sorprendido a Norma. ¿Por qué hablaba ella con tanta seguridad? Pero no había tiempo ni era el momento para aclarar las cosas.

Algunas naves anredanas se habían desplazado al descubrirles.

Pero la llegada de la nave de Norma había sido inesperada para el enemigo y de ésta partieron docenas de lenguas de fuego.

Fue un desperdicio enorme de energía, pero tres naves enemigas estallaron en el aire y dos se precipitaron rugientes al agua.

Norma inyectó potencia a los motores y la nave saltó violentamente hacia arriba. Justo debajo de ellos, cientos de bolas de energía estallaron en un lapso de segundos.

Elliot apretó los dientes. Aunque Norma rectificase la ascensión de la nave, el arco que describirían sería demasiado amplio. Tardarían mucho en regresar al espacio de la batalla. Pero no había otra forma de combatir con eficacia en la pesadez de la atmósfera.

Cuando se aproximaron a la isla, el enemigo había cambiado de táctica. Ahora sus naves estaban muy separadas.

Entonces vieron que de la isla se elevaban algunos puntos luminosos. Pero entre éstos y la nave de Norma había un enjambre de cruceros anredanos.

—Apuesto este cacharro —dijo Norma golpeando el panel de mandos— a que en una de esas naves se llevan a la princesa.

Entonces movió los mandos para que la nave derivase hacia la

derecha y abajo. Elliot empezó a mirarla irritado, pero movió la cabeza. Norma hacia lo correcto. Sólo podían precipitarse contra la muralla de naves enemigas que protegían la huida de las que se habían elevado de la isla.

Y en una de ellas, si debía creer a Norma, iba Aidara.

Cuando minutos más tarde llegó la flota de Loranka, no quedaba ya sobre el espacio aéreo de la isla ninguna nave enemiga. Más tarde se enteraría Elliot que muchas de ellas fueron alcanzadas y destruidas antes de abandonar la estratosfera lorankana.

Pero el enemigo había alcanzado su objetivo.

* * *

El resultado de la incursión enemiga sobre la isla Eghala se mantuvo en secreto.

El Gobierno Provisional se limitó a informar a la población diciendo que un masivo ataque anredano había sido frustrado cuando intentaba ayudar a una de las cabezas de puente que estaban a punto de ser derrotada.

Nadie sabía exactamente dónde había estado refugiada Aidara y el nombre de ésta no Se mencionó. Para la población de Loranka, su princesa seguía en la capital, sana y segura.

—La moral actual de Loranka es muy alta —dijo Wurango a Elliot con voz segura, pero no pudiendo reprimir un timbre de nerviosismo—. No podemos consentir que ésta se resienta. El curso de la guerra nos es favorable y desde el regreso de la princesa hemos obtenido sustanciosas victorias. La paz final parecía tan cerca…

—Pero Tekingh no tardará en decir que Aidara está en su poder. Y ustedes no podrán negarlo.

Wurango se mordió los labios.

—Tiene razón, terrestre. Pero han pasado tres días y el enemigo permanece callado. ¿Por qué? Es algo que no me explico.

—Tekingh está en un callejón sin salida. Pero tiene la posibilidad de bombardear Loranka con ese maldito virus. ¿No lo ha hecho porque sabe que disponemos del antídoto para hacer fracasar su ataque? Está bien, es posible. Pero ¿por qué no anuncia que posee a la princesa, el último símbolo de Loranka? Tal anuncio desmoralizaría la resistencia de Loranka.

El hombre se retiró cabizbajo, sin poder responder a Elliot.

Pero al día siguiente llamó a Elliot, que al acudir al despacho de Wurango se halló con la sorpresa de encontrar allí a Norma Lan.

Elliot arrugó el ceño. Había seguido viendo a Norma, durmiendo con ella. Aquella misma mañana desayunaron juntos y luego ella se marchó alegando que tenía que hacer unas revisiones en su nave. ¿Qué hacía allí?

Wurango le dijo:

—Tenemos noticias de Aidara.

Elliot reprimió un estremecimiento. No quiso mostrar ansiedad excesiva al oír nombrar a Aidara. No en presencia de Norma.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, mientras se sentaba en una silla, frente a Wurango y Norma.

—Nuestros espías en Anre nos aseguran que está bien. Tekingh la tiene recluida en una vieja fortaleza del satélite. Se llama Rena y está enclavada en un infernal desierto meridional.

Con sequedad, Norma añadió:

—Conozco bien esa fortaleza. Es una construcción de los viejos tiempos, cuando el Gran imperio Terrestre gobernó este sistema solar. Una reliquia de los tiempos pasados.

—¿Quieres decir que no está bien guarnecida? —preguntó Elliot.

—No lo estaba hace años-replicó Norma distraídamente. —Ignoramos cómo estará ahora.

—Nuestros informadores dicen que apenas existen defensas —dijo Wurango.

—Es sospechoso —dijo Norma, irritada.

—¿Por qué? Si Tekingh quiere mantener en secreto el lugar donde retiene a Aidara, ese lugar es magnífico. ¿Quién podría sospechar que está allí?

—Eso pensamos nosotros de la isla Eghala y ya sabemos lo que pasó.

—Alguien informó a Tekingh. Pero él no puede saber que nosotros también mantenemos espías leales a la dinastía Lheita en Anre.

El terrestre empezó a impacientarse ante la discusión que estaba obligado a escuchar.

—Bien, terminemos. Usted, Wurango, sospecho que tiene un plan.

—Sí. En colaboración con el alto mando se ha elaborado un detallado plan. Queremos ir a Anre; asaltar la fortaleza Rena y liberar a Aidara antes que sea tarde.

—¿Se refiere, a que sea antes que Tekingh propague que la última persona de la dinastía Lheita está en su poder?

—Eso es. Todo está dispuesto para partir esta noche. No podemos dejar transcurrir más tiempo. Tekingh puede actuar en cualquier momento.

—¿Por qué no lo ha hecho ya? —mascullò Norma.

Wurango pareció querer fulminarla con la mirada.

—Posiblemente esa demora es producida por algún diabólico plan de nuestro enemigo.

—Wurango tiene razón —dijo Elliot—. Si hay que actuar debemos hacerlo cuanto antes. Me gustaría ir en la expedición, Wurango.

—Iba a proponérselo, capitán. Contamos con su nave.

—No puedo obligar a mis hombres a ir a una guerra —replicó Ronald visiblemente molesto.

—Lo comprendo. Y mi país está dispuesto a pagarles bien.

—Pero mi nave no está equipada para el combate.

—Es más rápida que ninguna de las conocidas en este sistema —rió Wurango—. Pese a su lamentable aspecto externo puede burlar a cualquier crucero en un trayecto corto, sin usar el hiperespacio.

—Eso es cierto.

—Sólo tienes que decirle a tu tripulación que si escapan con vida de esta aventura regresarán a la Tierra tan ricos que no tendrán que contrabandearle nuevo para ganarse la vida —añadió socarronamente Norma.

Elliot titubeó. La actitud de Norma le estaba sorprendiendo. Ella actuaba como si quisiera invitarle a no ir en la misión.

—Les propondré que vengan, señor —dijo—. Pero no puedo forzar a mis hombres a jugarse el pellejo.

—Tendrán mucho dinero. Créditos estelares de sólida conversión —dijo Wurango.

Después de marcharse Wurango, Elliot retuvo a Norma por un brazo cuando ésta intentó retirarse también.

—¿Puedo saber qué te pasa? —preguntó acremente.

—Déjame. Tengo que prepararlo todo. Y te recomiendo que te

des prisa. Tenemos que alcanzar Anre por su parte oscura antes de treinta horas. Es posible que esa fortaleza no esté defendida, pero no será fácil el camino hasta llegar hasta ella.

—Aún no me has dicho a qué viene esta actitud tuya, Norma. Parece como si desearas que yo no me una a la expedición.

—Y así es.

—¿Por qué? Tendrás tus razones…

—Las sabrás muy pronto y no te gustarán.

—Odio los enigmas.

—En Anre se caerá la cortina que te impide verlo todo, como a casi todos los fanáticos de este planeta, empezando por Wurango. ¡Dios, si tuviera la más mínima posibilidad de convencerlos lo intentaría! Pero me tomarían por loca y tú… Tú…

—¿Qué haría yo, Norma?

Ella gritó antes de marcharse dando un portazo:

—¡Tú pensarías que estoy celosa!

# CAPÍTULO VIII

Cuando Elliot conoció el plan elaborado por el alto mando de Loranka, llegó a la conclusión que los leales a la dinastía Lheita echaban toda la carne en el asador.

Si el ataque fracasaba y no lograban rescatar a Aidara, posiblemente Tekingh terminaría ganando la guerra en breve espacio de tiempo.

Pero tuvo que reconocer que la operación planeada podía resultar eficaz.

Wurango se lo había explicado todo minuciosamente.

Los tres puntos que los anredanos poseían en Loranka, estrechas franjas de tierra, serían atacadas al mismo tiempo. Si las previsiones no fallaban, las tropas invasores serían embarcadas, hecho que se veía venir desde hacía algún tiempo. Entonces una flota perseguiría a las naves fugitivas hasta cerca de Anre. Allí mantendrían una batalla con los cruceros rebeldes. Tenían que luchar varias horas, con el fin de permitir a la pequeña fuerza expedicionaria cruzar el espacio estrechamente vigilado, descender sobre el desierto donde estaba situada la fortaleza Rena y conquistarla.

Apenas ellos estuviesen sobre Rena, las naves se retirarían, o las que quedasen después de la batalla.

Entonces, una vez rescatada la princesa, —Wurango no se atrevió a decir que podrían conformarse con restituir su cuerpo sin vida a Loranka— huirían en el «Zidac», confiando en su velocidad para escapar del cerco enemigo.

Cuando Elliot partió de Loranka llevando a bordo del «Zidac», además de su tripulación, a Norma, Wurango y cien hombres armados, le comunicaron que los tres puntos que Anre dominaba en el planeta estaban siendo atacados ferozmente. El enemigo no tardaría en rendirse o huir.

—No queremos la rendición— dijo Wurango—. Nuestras tropas

tienen instrucciones para dejarles escapar, al menos en buena parte. Es preciso que nuestras naves tengan un motivo lógico para acercarse hasta Anre, persiguiéndoles.

Elliot no respondió al comentario de Wurango. Pensaba en sus hombres. Aunque les habló que serían bien recompensados por aquel trabajo, estaba seguro que lo habrían hecho también aunque no existiera la posibilidad de conseguir un sustancioso montante de dinero.

El «Zidac» se alejó de Loranka. Seis cruceros le seguían a corta distancia. Dos de ellos estaban llenos de tropas, que desembarcarían sobre la fortaleza Rena. Ellos serían los que romperían las defensas, la carne de cañón que tenía que abrir las sólidas puertas de la antigua reliquia de los tiempos imperiales.

Diez horas más tarde, Wurango entró alborozado en el puente de mando.

—Magníficas noticias —dijo mirando alternativamente a Elliot y a Norma—. Dos de los enclaves enemigos se han rendido, pero el tercero consiguió poner en el espacio un par de docenas de naves de guerra y cargueros, huyendo con un número considerable de tropas. Ahora nuestras naves les siguen de forma que puedan alcanzarlos cuando estén apenas a cien mil kilómetros de la superficie de Anre. Durante unas horas los sistemas de detección enemigos se volverán locos.

Elliot asintió. Wurango tenía razón. En medio de la confusión que se originaría tendrían muchas probabilidades de éxito de traspasar las líneas defensivas y descender sobre el desierto meridional.

Pero luego se preguntó cuántas muertes se contabilizarían al final de la operación. Demasiadas, pensó, incluso por rescatar a una princesa. El precio era alto, pensó. Demasiado.

Y se sorprendió y también asustó porque se trataba de la mujer que amaba.

Luego miró de soslayo a Norma. Ella no le descubrió en su estudio. Se sintió un poco ruin. Norma le amaba. Lo sabía. Y él seguía pensando en Aidara, aquella orgullosa y bellísima mujer que últimamente parecía esforzarse en demostrar que él no existía.

Odió entonces el momento en que aquel maldito teniente del Orden Estelar le obligó a aceptar aquella misión. Hubiera preferido

no haber conocido nunca a Aidara y no haber estado en Loranka, sumirse en sus conflictos.

Sólo Norma. Norma era distinta. Era un estanque de agua transparente, sin cieno en el fondo que lo enturbiase.

Se pasó la mano por la cara. No quería pensar en nada. No hasta que no estuviesen sobre Reina.

Wurango, siempre pegado a los comunicadores, les fue manteniendo al tanto de lo que sucedía en Loranka y el espacio que separaba a ésta de Anre.

Las flotas lorankanas rugían tras los pasos de las unidades fugitivas de Anre. Habían pasado a unos doscientos mil kilómetros de ellos en dirección al satélite. Llegarían antes. Y lucharían para facilitarles la entrada a Anre.

—El almirante de nuestra flota comunica que han detectado movimientos de naves enemigas partiendo de Anre —dijo minutos más tarde Wurango—. Es de suponer que la batalla se iniciará dentro de poco.

—Bien —asintió Elliot—. Entonces nos aproximaremos al satélite por su parte oscura y descenderemos en el desierto amparados por la noche.

—Las seis naves descenderán primero —dijo Norma, levantándose—. Me pondré mi armadura de combate.

Elliot hizo una señal a Byron y éste tomó el mando del «Zidac».

Alcanzó a Norma en la cabina situada en el nivel inferior que habían acondicionado como armería. Ella ya se estaba desnudando para ponerse una armadura y frunció el ceño al ver que Elliot buscaba en el ropero una de su talla.

—Tú no has de bajar —dijo.

—Pues lo haré.

—Entiendo. El héroe corre en busca de su amada prisionera del dragón.

—Déjate de ironías. ¿Por qué no piensas que no quiero dejarte sola?

Norma cerró su armadura de un manotazo, tomó el casco y dijo:

—No soy tan ilusa, capitán Elliot. Pero allá tú. Tu pellejo es tuyo…

—Ronald la agarró cuando salía. Tomándola por la cintura la besó.

—Te quiero, Norma —pudo decir antes que ella los empujase.

—Claro que sí. El terrestre puede disponer de dos mujeres a quienes amar. Mejor sería que te quedases a bordo, Ron —su irritado gesto cambió bruscamente en otro marcadamente dolorido —. Por favor; no vengas.

Él le volvió la espalda. Buscó un casco.

Cuando se lo hubo ajustado, Norma ya no estaba allí. La encontró cerca de la esclusa, rodeada de los cien hombres que desembarcarían, charlando con los oficiales y cambiando impresiones. Se situó lejos de ella, aceptó un rifle láser que le entregó un sargento y permaneció callado.

La voz de Wurango les anunció:

—Todo el espacio que rodea Anre está interferido a consecuencia de los combates. Se ha logrado penetrar fácilmente. Dentro de diez minutos volaremos sobre la fortaleza.

El oficial gritó que todos los hombres y mujeres que formaban la compañía revisasen por última vez sus dispositivos antigravedad.

—Las seis naves han lanzado sus respectivas tropas. —Volvió a decir Wurango por los comunicadores—. Están luchando ahora. El enemigo ha sido cogido por sorpresa y la resistencia, al menos en el exterior de la fortaleza, es débil.

Pese a que aquella noticia debía alegrarle, Elliot frunció el ceño. Había algo que no terminaba de gustarle. Observó que los soldados reían y se gastaban bromas, contentos por la marcha de la operación. Descubrió a Norma en un rincón, quieta. Podía ver su rostro a través del cristal del casco. Estaba seria, como si nada de lo que ocurría allí le importase.

Wurango siguió hablándoles. La vieja fortaleza estaba casi dominada. Había llegado el momento de que la unidad especial se lanzase. Lo debía hacer sobre la vertical donde estaba situada, según las delaciones de los espías, las habitaciones destinadas a la princesa.

El «Zidac» sobrevolaba pesadamente la fortaleza apenas a unos dos mil metros, una altura exageradamente corta para una nave de semejante tonelaje. Pero Byron, ante los mandos, era capaz de realizar semejante proeza.

Una luz roja se encendió de la compuerta, el oficial gritó que todos estuvieran atentos. Se abrió la esclusa y él saltó el primero.

Elliot no quiso quedarse atrás. Brincó exactamente detrás de Norma. Se sintió arrastrado por la corriente de aire y luego sintió un tirón. El dispositivo antigravedad detuvo la caída.

Hizo que delante de sus ojos se situasen los lentes infrarrojos y vio la fortaleza a dos mil metros debajo de él.

Era una construcción gigantesca, de granito y acero, algo que el viejo Imperio levantó en miles el planeta como aquél cuando mantenía con hilos de hierro a su poder en la Tierra a la Galaxia.

Los alrededores de la fortaleza estaban llenos de chispazos intermitentes, indicativos de que los defensores y las otras compañías de comandos de paracaidistas seguían combatiendo.

Elliot intentó descubrir a Norma, pero le fue imposible. Todas las armaduras eran iguales. La había perdido de vista. Se reagruparon a unos cien metros de la superficie y entonces descendieron sobre una aislada plataforma central de la fortaleza.

Cada comando tenía una misión específica que cumplir. Todos conocían perfectamente la fortaleza porque en Loranka existían planos de ésta y los habían memorizado.

Las demás compañías asaltantes estaban destruyendo a las fuerzas anredanas, sacándolas al exterior y alejándolas del centro.

El oficial, seguido de doce comandos, perforó una entrada. Por ella se precipitaron todos.

Una vez en el interior, se formaron grupos de diez y cada uno tomó un camino distinto. Allí era fácil saber a qué grupo pertenecía cada uno porque cada comando tenía un color circular de pintura distinta en sus cascos.

El de Elliot era naranja, Norma pertenecía a su grupo y ella lo mandaba. Creyó verla al frente. Otros ocho hombres se interponían en su camino. Hubiera querido estar cerca, pero pensó que la aproximación podía esperar.

Encontraron sólo dos veces resistencia armada. Pero eran parejas de guardianes que cayeron bajo sus armas prontamente, sorprendidos tal vez ante la presencia del enemigo dentro de la fortaleza. Por el momento la lucha se desarrollaba en el exterior exclusivamente.

Al doblar un recodo, Elliot consiguió ponerse al lado de Norma. Pegando su casco al de ella, le dijo:

—Esto me está pareciendo demasiado fácil.

Por un segundo Norma se volvió y él percibió un gesto frío en sus ojos.

—¿Hubieras preferido ser recibido por una cortina de fuego? Vamos, según los informes, Aidara está cerca.

Se detuvieron. Frente a ellos, el pasillo se abría en dos puertas cerradas. Elliot notó que Norma titubeaba.

—Desconocía esto —dijo ella—. Una de esas puertas conduce a los aposentos de Aidara.

—Entonces tenemos que ir por los dos caminos —dijo Elliot.

—Tienes razón. Toma la mitad de los hombres y entra en la puerta de la derecha. Yo iré por la otra. Quien primero rescate a la princesa deberá comunicarlo al oficial, quien dará la orden de retirada.

A Ronald no le hizo la menor gracia separarse de Norma, pero no encontró ninguna objeción lógica.

Abrieron la puerta de la derecha de varios disparos y corrieron por el pasillo que existía al otro lado.

Cuando las luces aumentaron su intensidad, Elliot levantó una mano para indicar a sus comandos que caminasen más despacio.

Sonó un chasquido dentro de su casco. Era un aviso. Wurango, utilizando la línea general de comunicación iba a hablarles. Todos los comandos oirían sus palabras.

—Es preciso darse prisa. Nuestras tropas del exterior no podrán aguantar mucho tiempo el empuje de los soldados anredanos. ¿Habéis localizado a la princesa?

Elliot esperó unos segundos. Quería que Norma respondiese antes.

—Estoy en un pasillo que se bifurca en dos, señor —dijo Norma. Su voz sonaba lejana, distorsionada—. Un momento. Sólo es posible seguir por uno, señor. Lo tomaremos. ¿Elliot?

—Te escucho, Norma. Nosotros no vemos nada. Todas las habitaciones están vacías. Espera. Estamos ante un corredor. La parte izquierda está acristalada. Algo muy grueso y poco traslúcido.

Elliot se agachó y forzó la vista. Nerviosamente pasó la mano por el cristal. Distinguió unas figuras al otro lado. Eran dos. Y parecían mujeres. Sintió un estremecimiento. Una de ellas parecía ser Aidara.

Lo comunicó en seguida.

—Es un aposento situado a un nivel inferior al mío. Intentaré llegar a él, pero me temo que tendremos que dar un amplio rodeo…

Norma exclamó:

—Espera, Ron. Nosotros hemos descendido unos tres metros. Si hemos avanzado paralelamente a ti… Tal vez al otro lado de esa puerta esté el aposento donde están las dos mujeres que dices ver.

Elliot deglutió trabajosamente. Pulsó un botón de su armadura y una pinta de agua penetró refrescante por su garganta. Mandó a un comando a vigilar más adelante.

La voz de Norma estalló dentro de su casco, aturdiéndole. Debía estar muy cerca.

—¡Ron! Hemos llegado. La puerta estaba cerrada, pero la hemos derribado…

En aquel momento, Elliot vio que una de las mujeres salía corriendo, perdiéndose por una pequeña puerta situada al fondo de la estancia. Pero la que él creía era Aidara se quedó quieta.

Respiró aliviado cuando vio turbiamente a seis figuras vistiendo las armaduras de Loranka acercarse a la supuesta princesa.

—Es ella, Wurango —dijo Norma, muy serena—. ¿Me oyes, Ron?

—Sí. Y también te veo, aunque un poco dificultosamente. Debes sacarla de ahí cuanto antes. Una mujer, tal vez una criada, salió huyendo. Puede avisar a los soldados. Norma…

—¿Sí, Ron?

—Cuando Aidara se ponga la armadura de repuesto que lleváis deseo hablar con ella.

Un largo silencio precedió a las palabras de Norma.

—Se lo diré.

Dificultosamente, Elliot observó cómo los comandos ayudaban a Aidara a enfundarse la armadura. Luego le sujetaban a la espalda la unidad antigravedad.

Mientras aguardaba, Elliot pensó que todo estaba resultando demasiado fácil. Como si Norma hubiera leído sus pensamientos, ésta dijo:

—Tenías razón, Ron. Si no fuera un disparate pensaría que al enemigo no parece importarle la seguridad de la princesa.

—Quiero hablar con ella —insistió Elliot.

—Vamos, Ron. No podemos perder tiempo. Las unidades que

llevamos de repuesto no están equipadas para transmitir. Sólo pueden escuchar. Ella te escucha. Y lamento decirte que no parece nada emocionada.

—Maldita… seas, Norma. Está bien. ¿Qué esperas para sacarla?

—Uno de mis hombres me hace señas. Dice que ha visto enemigos cerca. Enviaré a algunos delante. Vamos, Ron. Regresemos al exterior.

—Es lo que deben hacer exactamente —intervino Wurango, con marcado acento de nerviosismo—. El «Zidac» bajará cuanto pueda. Pero la cobertura que nos prestan nuestras naves no puede durar mucho. A partir de ahora no debemos transmitir: El enemigo puede interferimos.

A partir de entonces las cosas sucedieron de forma vertiginosa.

El hombre apostado por Elliot más adelante apenas tuvo tiempo de avisar que soldados enemigos se acercaban. Su aviso murió en medio de una sorda explosión.

Elliot indicó a los demás que debían regresar por donde habían llegado. Quería unirse al grupo de, Norma y proporcionarle protección.

Echó un vistazo al cristal antes de alejarse. En la estancia ya no había nadie. Pero por la puerta que había, usado la criada para escapar, estaban apareciendo los primeros soldados anredanos. Penetraban en la estancia, pero lo hacían muy despacio, como si no tuviesen prisa alguna.

Fue una retirada precipitada. A Elliot le pareció casi vergonzosa.

De nuevo en la encrucijada de pasillos donde se separaron, cuatro cuerpos achicharrados y atravesados por cien disparos láser yacían en el suelo. Eran comandos lorankanos.

Siguieron un rastro de sangre. Alguno de los suyos debía estar herido. Elliot sintió un nudo en la garganta. ¿Norma? Pensó también podía tratarse de Aidara. Movió la cabeza. ¿Por qué había pensado primero en Norma?

Continuaron corriendo. Más adelante vieron dos cadáveres más. Pero eran soldados de Anre.

Entonces alcanzaron el pelotón que debía estar siguiendo al ya reducido grupo de Norma. Eran cinco soldados y un oficial de alta graduación. Estaban detenidos junto a una esquina, con mínimas muestras de querer proseguir la persecución.

Tal vez no esperaban verse atacados por la espalda o se hallaban cansados, pero el resultado fue que instante después todos estaban muertos. Elliot sólo había perdido un hombre y otro se quejaba de una fea herida en el brazo izquierdo. Tuvieron que perder un tiempo precioso en hacerle un torniquete.

Entonces Elliot comprendió que se habían perdido. Aquél no era el camino que debía conducirles al exterior.

Estuvo seguro de tal funesta certeza cuando llegaron hasta una amplia sala. Allí había muchos muertos. Más de treinta. Y casi la mitad eran miembros de los otros grupos de Loranka. Había cascos con círculos azules, verdes y amarillos. Ninguno naranja. Norma y sus tres o cuatro comandos supervivientes no habían intervenido en la batalla. O tal vez habían conseguido salir con vida de ella.

Elliot miró aprensivamente las frías paredes de piedra y acero. Cuando descubrió las ranuras apenas tuvo tiempo de gritar a sus hombres que se pusieran a cubierto, a la vez que él se arrojaba al suelo. Cayó al otro lado de dos cadáveres.

De las ranuras surgieron huracanes de fuego. Dentro de su casco restallaron los gritos de dolor de sus desdichados compañeros. El muerto contra el cual se arrimó pareció saltar al recibir varios impactos. Pero los láseres no pudieron atravesar totalmente la armadura.

El fuego cesó y Elliot se incorporó un poco. Un humo espeso le rodeaba. Se alegró de respirar el oxígeno de su armadura. Seguramente el olor existente en la sala sería nauseabundo.

Se arrastró hasta la entrada, siempre temiendo ser alcanzado. Pero la visibilidad era casi nula. Y lo sería hasta que el humo se disipase. Se puso en pie y echó a correr por el pasillo, sin estar seguro si era el mismo por el cual habían llegado a aquella trampa.

Estaba solo y perdido en aquel laberinto. Su arma apenas tenía ya capacidad para hacer media docena de disparos y había perdido los cargadores:

Alzó la mirada y descubrió la circular rejilla que tapaba un tubo de ventilación, a más de tres metros de altura. Vio una silla tumbada y la arrastró. Subido a ella pudo dar un salto y alcanzar la rejilla.

Gracias a los fuertes guantes que protegían sus manos no se las destrozó al abrir la rejilla de acero. De un brinco saltó al interior del

tubo y volvió a colocar la tupida malla en su lugar. Luego se relajó y trató de serenarse.

Cerró los ojos.

Cuando los abrió no sabía si habían pasado segundo u horas.

Pero el silencio era total. Antes, mientras duraba la batalla, el constante rugido y silbar de los rayos láser habían constituido una infernal música de fondo. Pero ahora se echaba en falta.

Escuchó pasos. A través de la rejilla vio que eran patrullas de soldados de Anre. Caminaban muy confiados, como si ya no temiesen nada.

La batalla parecía haber concluido.

Y Elliot no tuvo la menor duda que los rebeldes dominaban totalmente la situación en el interior de la fortaleza.

## Capítulo IX

Ronald Elliot decidió jugárselo todo a una carta y bajó del conducto de ventilación. Pero no lo hizo por el mismo lugar, sino que recorrió a rastras más de trescientos metros y se encontró en unas habitaciones lujosamente decoradas. Tuvo el presentimiento de que había vuelto al lugar donde Norma encontró a Aidara.

Sabía que las probabilidades de escapar de la fortaleza eran nulas. Además, las naves de Loranka ya debían haberse marchado. Sólo podía reconfortarle la idea de que las dos mujeres estuvieran lejos, sanas y a salvo, camino del planeta.

Mientras tanto, él permanecía en el satélite y un extraño fatalismo le hacía actuar con una indiferencia que le sorprendía.

La reserva de energía que mantenía su armadura estaba a cero. De esta forma era igual que la siguiera usando o no. Se la quitó a manotazos. Sin el pesado traje de combate actuaría más ligero. Sonrió al pensar que al menos podría correr más rápido que sus enemigos si éstos usaban armaduras.

Miró a su alrededor. Estaba en una habitación amplia, repleta de muebles lujosos, cojines y mesitas con viandas y bebidas. Al escuchar un rumor sordo de pasos se ocultó detrás de una amplia butaca. Esperó. Dos hombres entraron. Hablaban.

—… A la perfección. ¿No es así?

Aquella voz parecía nerviosa, aunque tratase de aparentar una profunda seguridad.

—Señor, el costo ha sido demasiado elevado —dijo otra voz.

Entonces Elliot les vio. Uno, quien habló primero, era alto y fornido. Vestía un lujoso vestido y sobre su pecho brillaban las insignias de monarca del viejo reino de Loranka-Anre, ahora desmembrado por la guerra civil. El otro era menos alto y llevaba uniforme de general rebelde. Ofrecía un aspecto demacrado.

—Tenemos la victoria al alcance de la mano, general Olmunt.

Dentro de una semana Loranka caerá. Se rendirá sin condiciones.

—Tienen el antídoto, Tekingh.

—No debes llamarme de esa forma ni aun estando a solas, Olmunt —protestó el aludido, con irritación.

—Déjate de ceremonias ahora, Tekingh. Sin mí no habrías podido llevar a cabo el asalto al poder. Ni tampoco habrías conseguido mantener a tu alrededor a los demás jefes.

Tekingh se derrumbó en un sillón repleto de cojines, casi frente al lugar donde Elliot seguía oculto y sin dar crédito a lo que veía y escuchaba.

El príncipe rebelde hizo un gesto despectivo con sus manos.

—Debiste haber asegurado la destrucción del último miembro de los Lehita antes que nada, Olmunt. Esos tercos lorankanos no habrían resistido con tanto denuedo sin la esperanza de encontrar algún día a su princesa.

El general cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tekingh, si tu endiablado plan no resulta, será imposible continuar la lucha.

—¿Es que esos ingratos te han dado un plazo? —exclamó Tekingh.

—El grupo de generales que conseguí convencer están de nuestro lado, pero los demás jefes y oficiales quieren terminar con esta guerra, firmar la paz y…

—Vamos, termina. ¿Qué más quieren?

—Pedir ayuda al Orden Estelar para la reconstrucción de Loranka y Anre.

—¡Debería matarlos a todos!

—No pierdas la calma. Todavía es posible seguir adelante. Ellos siguieron porque les aseguramos que disponíamos de un plan efectivo para rendir Loranka. Ya sabes que me refiero al virus…

—Pero cuando lo teníamos dispuesto nos enteramos que ese perro de Wurango había conseguido el antídoto en la Tierra —masculló Tekingh—. Los terrestres entregaron a Wurango antídoto suficiente para neutralizar nuestras miserables dosis de virus un millón de veces. Sólo si lo hubiésemos esparcido en secreto habríamos tenido la posibilidad de éxito. Pero estando alerta en Loranka, habría sido una acción inútil.

—Exacto. Tengo que reconocer, Tekingh, que tu mente actuó

brillantemente cuando recibimos el mensaje de Loranka diciendo dónde el Gobierno Provisional había ocultado a su princesa. El plan era arriesgado, pero ha resultado efectivo, pese a que sigo pensando que el costo ha resultado elevado. No sólo hemos perdido muestras precarias cabezas de puente en Loranka, sino que nos hemos quedado sin flota espacial.

»Los leales de Loranka han podido vencernos en su desesperado ataque si hubieran sabido que carecemos de reservas para oponernos a ellos. Un empujón más y toda la falsa fuerza de Anre se habría venido abajo.

—Pero no lo han descubierto —rió Tekingh—. Han vuelto a Loranka muy contentos, al parecer. Ahora todo el pueblo recibirá alborozado a su amada princesa, rescatada de las guerras del cruel Tekingh, ¿no?

—Oh, no. El secuestro de la princesa lo mantuvieron en secreto. Esa nave que se mantuvo durante todo el ataque sobre la fortaleza ha devuelto a la princesa. Supongo que únicamente esa tripulación conocía la verdad del ataque, su objetivo real.

Tekingh se relajó. Calmadamente se sirvió una copa de vino, degustó el primer trago y dijo:

—Ahora sólo esperar. Ellos no podrán imaginarse nunca que tendrán que rendirse antes de una semana. Cuando el virus que les lleva la princesa en su adorado cuerpo les contamine será tarde. El antídoto no será efectivo. ¿Cómo, van a sospechar que la hemos usado para provocar en su retaguardia el pánico? Sólo cuando nos pidan la rendición sin condiciones les diremos la verdad u podrán actuar a tiempo antes que diezme la población de Loranka…

Con un rugido, Elliot saltó de su escondite. Se plantó delante de los dos atónitos hombres, apretando fieramente el láser.

—Malditos seáis, hijos de la gran ramera —bramó Ronald—. ¿Es cierto que habéis hecho tal cosa?

Recuperándose de la sorpresa, el general Olmunt dijo:

—Vaya, un comando lorankano nos ha escuchado, Tekingh —rió sordamente—. Me parece que no vamos a poder presenciar nuestra victoria final.

—Contestadme antes que os atraviese: ¿Es cierto que habéis inoculado el virus a Aidara?

Tekingh empujó al general, interponiéndole entre él y Elliot.

El terrestre apretó el gatillo y el general gritó. Pero del láser no surgió ningún disparo.

Ronald miró atónito su arma. Con rabia descubrió que el indicador de las cargas estaba estropeado. No disponía de energía. Cuando alzó la mirada, Tekingh le apuntaba con una diminuta pistola láser.

—Así es. Efectivamente, el bello cuerpo de Aidara esparcirá por Loranka el virus que allí temen recibir mediante un escandaloso bombardeo. Será algo sutil, delicadamente efectivo. Según las previsiones antes de una semana tendrán que rendirse y pedir nuestra ayuda.

—Morirán millones antes que ustedes intervengan —masculló Elliot.

—Sí, es posible. Pero en esta guerra ya han muerto muchos. ¿Qué importa unos más? Yo dominaré planeta y satélite y rechazaré al Orden para siempre. Convertiré este mundo en un poderoso imperio y nada ni nadie me impedirá conquistar más planetas. Al otro lado, hacia el exterior, existen cientos de mundos olvidados que serán míos antes que la Tierra llegue a ellos.

—Mátalos, Tekingh —dijo el general.

—Oh, no. Ese hombre me está distrayendo —rió el príncipe. Calló y miró ceñudamente a Elliot—. Un momento. Él no es de Loranka. ¿Será acaso uno de los terrestres que Wurango contrató en Indared para llevar a Loranka a la princesa y el antídoto?

Ronald no habló. Pero su silencio fue elocuente para Tekingh.

—¡Claro que sí! ¡Y tal vez sea el apasionante amante de Aidara!

Olmunt también rió y Elliot se sintió confundido. ¿Cómo podían saber aquellos dos tantas cosas íntimas de él? ¿Habían obligado a Aidara a hablar?

—Por su causa nuestro estimado mayor Endeb no consiguió apoderarse de la nave «Zidac» y su valioso cargamento —dijo Tekingh—. Claro que recibió la ayuda de esa mujerzuela, de Norma Lan. Olmunt, creo que debemos a este hombre el que la guerra no haya acabado antes.

—¿Es cierto que eres de la Tierra? ¿Cómo te llamas? —preguntó el general.

A Elliot ya le daba todo igual. Desmadejadamente, dijo:

—Soy Ronald Elliot y propietario del «Zidac», matrícula de

Vega; pero yo soy de la Tierra.

—Será un placer matar a un sucio miembro de la odiada Tierra, entonces —dijo Tekingh moviendo un poco la pistola, buscando el corazón de Elliot.

—¿Entonces Aidara está a salvo, camino de Loranka? —preguntó Elliot ansiosamente. Pensaba que debía ganar tiempo. Se resistía a darse por vencido.

—Suponemos que sí. Al menos las naves partieron todas-dijo el general. —Todo formaba parte de nuestro plan terrestre. Capturamos a Aidara pese a perder muchas naves y soldados la trajimos aquí y la saturamos de virus, cuyo desarrollo precisa un período de tres a cuatro días. Dejamos que algunos estúpidos espías al servicio de Loranka supieran dónde estaba. Una vez que los leales conocieran el paradero de su ídolo, era fácil imaginar que intentarían rescatarla. Como verás esta fortaleza no es lo mejor para ocultar y defender a un prisionero importante. Aunque no conocíamos el plan del enemigo, cuando éste atacó nuestras posiciones en Loranka en seguida llegamos a la conclusión de que pretendían llevar el combate hasta Anre para ocultar un ataque por sorpresa a la fortaleza Rena.

»Todo se desarrolló como queríamos. Ellos tienen a su princesa y nosotros pronto habremos ganado la guerra, que ya no podíamos sostener por más tiempo.

—Basta ya de charlas, general —le interrumpió el príncipe—. Voy a matarte, terrestre…

Elliot estaba dispuesto a saltar sobre Tekingh cuando escuchó un seco silbido a su espalda. La pistola del príncipe saltó de su perforada mano, al tiempo que lanzaba un desgarrador aullido.

Un Tekingh gimoteante retrocedió hasta caer pesadamente en un sillón. Con la mano izquierda se aferraba la derecha, de la cual manaba abundante sangre por la herida. Elliot se volvió. Habían sido demasiadas sorpresas y emociones las ocurridas en los últimos instantes y la presencia de Norma no le alteró lo más mínimo.

Sólo el hecho de que Norma empujase con violencia a la princesa Aidara de Lheita hacia el centro de la estancia le hizo parpadear ligeramente.

—Hola, Elliot —dijo tristemente Norma, que ahora apuntaba al general—. Lo siento, pero perdí la nave. El «Zidac» partió con

escasos supervivientes y sin persona.

Y Norma escupió sobre Aidara.

Antes que Elliot pudiese pensar algo, Norma disparó.

Lo hizo apretando con rabia el gatillo de su láser, a toda potencia y cubriendo de fuego el cuerpo de Aidara.

# CAPÍTULO X

Aidara sólo tuvo tiempo de soltar un quejido que murió rápidamente al tiempo que su cuerpo se calcinaba y era atravesado por el continuo haz de fuego.

Mientras seguía disparando, Norma gritaba:

—¡Eres una sucia reproducción, pero un vehículo mortal que sólo el fuego purificará!

El general saltó y corrió por detrás de las sillas. Elliot gritó advirtiéndole a Norma y ella levantó el láser y disparó contra las piernas de Olmunt.

El general cayó de bruces. Las extremidades inferiores pendían extrañamente. No se movió.

Muy despacio, Elliot se acercó a Norma y le quitó el rifle. Ella se dejó hacer. No llevaba el casco y su armadura estaba sucia y chamuscada. Elevó su rostro hacia el terrestre, gimió y dijo entrecortadamente:

—Ron, Ron. Ha sido terrible. Siempre lo sospeché. He tenido que hacerlo. —Y señaló el irreconocible cuerpo de Aidara.

Elliot tragó saliva. No quería mirar lo que una vez fue una bella mujer que él pensó qué amaba. Estrechó a Norma y le acarició el cabello. Pero con un ojo Seguía vigilando al príncipe, siempre lamentándose.

—No podías hacer otra cosa.

Ella se separó de él. Sus ojos bailaron y abrió la boca.

—¡No lo entiendes! Ésa no era Aidara.

—Sí, lo sé. Era un mortal vehículo de muerte para Loranka. ¿Cómo lo descubriste?

—Me perdí. Murieron todos los hombres y tuve que ocultarme con la princesa. Ella hablaba poco y mis sospechas se confirmaron, pero no podía saber que su artificial cuerpo estaba saturado de virus…

—Un momento. ¿Qué quieres decir? ¿Cuerpo artificial?

—Era un clon, Ronald. La verdadera princesa debe vivir aún en la Tierra, llena de miedo. Wurango sólo encontró una reproducción de ella, que los agentes de Tekingh terminaron de fabricar cuando localizaron el refugio que Aidara estaba utilizando. Es un clon químico, que se puede elaborar en poco tiempo, sin necesidad de usar medios genéticos. Pero la mente, copia fiel de la original, puede ser dominada.

—Por Dios, Norma. Esto es cada vez más incomprensible…

Desde su sillón, Tekingh dijo:

—Esa mujer tiene razón. Queríamos usar al clon de Aidara cuando mis agentes no pudieron encontrar a la verdadera. Es posible que en estos momentos las autoridades de la Tierra ya la hayan localizado, pero entonces decidimos usarla para que Wurango la llevase a Loranka. El clon nos avisó de la ruta que seguía el «Zidac» y por eso el mayor Endeb pudo localizar la nave.

—Así es. Yo había tenido que acudir a la Tierra por ayuda varias veces y sospeché que la mujer que acompañó a Wurango a Indared en busca de un medio de transporte seguro para atravesar el cerco no era la princesa. Mis sospechas quedaron confirmadas cuando me vi frente a ella a bordo del «Zidac». Pese a tener una mente casi humana, por algún motivo los registros de los años de infancia que pasé junto a la princesa se habían borrado. La falsa Aidara no me reconoció… Me trató como a la más humilde de sus súbditos. ¡Eso no lo sabía ni Wurango!

—Entonces, ¿ella fue quién dijo a Tekingh que estaba en la isla Eghala?

—Sí. Y como no humana que es, no le importaba transportar a Loranka millones de microbios.

Elliot se sintió aturdido. Por un momento temía caer, al sentir que las rodillas le flaqueaban.

Él había amado a un clon químico. Y había sufrido por él, por un montón de carne sintética y huesos calcificados sobre una estructura de acero, de crecimiento acelerado. Sintió vergüenza. Y también la mano enguantada de Norma sobre su hombro. La sonrisa de la chica le infundió confianza.

—Olvídalo todo, por favor. —Le dijo Norma.

—Ahora temo por ti, Norma. Has estado demasiado tiempo al

lado de ese vehículo de gérmenes.

—Es posible que no esté infectada —se encogió ella de hombros —. Pero si regresamos pronto a Loranka podemos salvarnos. El virus no es invencible si es localizado a tiempo.

El príncipe saltó del sillón y se retiró hasta el fondo de la habitación, mirando con temor el montón de carne quemada.

Elliot miró a Tekingh con ira.

—Sí, príncipe. Su asquerosa arma se vuelve contra usted. Todos vamos a morir. Esta fortaleza se convertirá en una gran tumba de cadáveres corrompidos.

—¡No quiero morir! —gimió Tekingh, sin dejar de agarrarse la mano herida.

—Entonces tendrá que hacer lo que nosotros le digamos.

—Lo que sea, lo que sea…

* * *

Ronald Elliot había despertado hacía dos horas, pero aún creía estar padeciendo la pesadilla que durante toda la noche le había atormentado.

Ahora, después de haber tomado una ducha revitalizadora, se encontraba un poco mejor. Vestido con ropas limpias y recién afeitado, estaba dispuesto a tomar el ascensor que le conduciría hasta el astropuerto.

Y allí le esperaba, reluciente, el «Zidac».

Regresarían a la Tierra. Pero antes debían hacer escala en Indared. Le habían comunicado que allí le sería entregado un indulto de la Orden Estelar para él y sus hombres.

A partir de entonces tenían la opción de convertirse en honrados comerciantes. Si rechazaban la oportunidad podían seguir con el negocio del contrabando, pero deberían buscar otras regiones estelares más seguras que aquéllas donde hasta entonces habían operado.

Y Elliot había decidido de común acuerdo con sus hombres buscar un diferente modo de vida. Seguramente la recompensa que habían recibido del Gobierno Provisional de Loranka, que permanecía en espera de recibir a la auténtica princesa Aidara de Lheita, les podrían servir de gran ayuda. Incluso ya habían planeado la creación de una sociedad de transportes que…

Movió la cabeza. Salió de la habitación y entró en el ascensor.

Recordaba lo sucedido cuando allá en Anre, ante un príncipe atemorizado y herido, un tropel de jefes y oficiales entró en la estancia. Los fieles a Tekingh habían sido ya reducidos y Norma explicó a los atónitos militares la dura verdad, la crueldad de los planes del príncipe para vencer la resistencia de Loranka.

Norma les dijo que la única posibilidad de salvación para todos era solicitar de Loranka el virus que Tekingh había querido destruir ordenando al mayor Endeb el asalto al «Zidac».

A Elliot no le importó que los más acusados culpables de la rebelión huyesen de Anre. Era mejor así. Le desagradaban los juicios sumarísimos.

No le agradó, pero tampoco le puso nervioso la noticia de que el príncipe Tekingh, aprovechando un descuido de sus guardianes, se había quitado la vida ingiriendo un veneno. No se había sentido capaz de soportar un largo cautiverio si se libraba de la última pena.

De regreso a Loranka, supo que se había recibido un dilatado mensaje de la Tierra. La princesa Aidara había sido localizada, aunque su estado emocional estaba un poco alterado, los médicos que la atendían confiaban en que se recuperaría y antes de dos meses estaría de regreso en su reino.

Ahora el Gobierno Provisional de Loranka, y también ya de Anre, había ocultado la verdad al pueblo. Pasados los efectos de la sorpresa, todo el mundo acogió con entereza la realidad y ahora esperaban ansiosamente la llegada de la única y verdadera futura reina.

Wurango admitió que había sido engañado y disculpó a Norma porque no le había confiado sus sospechas acerca de la falsa Aidara. Afirmó que no habría creído tal cosa e incluso hubiese sospechado que Norma trababa algo, extraño contra la princesa.

Elliot había pedido que su partida de Loranka fuese realizada en la más estricta intimidad. Odiaba las concentraciones humanas masivas y las algarabías.

Estaba contento porque todos sus hombres estaban ilesos y eufóricos ante el eminente regreso de todos a la Tierra, de donde eran originarios, excepto las hermanas Shaw. Tanto. Iva como Dore pensaban cosechar grandes éxitos sentimentales en el viejo planeta.

El ascensor se detuvo. Cuando las puertas se abrieron, Elliot vio al otro lado a Norma.

Salió de la cabina y dejó sobre el suelo la pequeña valija. Las personas más próximas estaban a casi cien metros. Podía decirse que estaban a solas. Nadie les miraba.

Por el amplio ventanal descubrió sobre la planicie del astropuerto al «Zidac», dispuesto para la partida.

—Hola, Norma —sonrió Elliot.

—Eres un maldito terrestre —dijo ella mordiéndose los labios—. Gracias a Wurango me he enterado de que te marchabas hoy. ¿Por qué esta marcha tan oscura?

—Decidimos hacerlo así.

—¿Por modestia?

—No exactamente. Sé que el pueblo de Loranka, y también el que permaneció fiel a la princesa en Anre, nos está agradecido, pero prefiero una despedida tranquila.

—Pienso que tu marcha precipitada se debe a otras motivaciones.

Elliot enarcó una ceja.

—¿Estás segura?

Ella desvió la mirada profunda de Elliot.

—Sí. Sabes que la verdadera princesa está en la Tierra, y que si te das un poco de prisa llegarás allí antes que ella se marche.

—Oh, Norma.

—¿Es que lo vas a negar?

—Lo haría si tuviera la más mínima posibilidad de que me creyeras.

—Al menos deberías intentarlo.

—Está bien: Te juro que no tengo el más mínimo interés en la princesa. ¿Por qué había de tenerlo si no la conozco?

Ella le golpeó con el índice extendido en el pecho.

—La conociste demasiado bien.

—¡Era su clon químico! —protestó él.

—Pero muy exacto a ella. Idéntico.

Elliot se ruborizó.

—Nunca me gustaron las meretrices artificiales. Me gustaría olvidar todo aquel desdichado asunto. Y tú, muchacha terca, me pediste en Anre, mientras apuntaba a Tekingh, que debía olvidarlo

todo. ¿Por qué me lo recuerdas ahora?

—No sé lo que digo, Ron…

—Dime, cariño.

—¿Cariño? —Rió con nerviosismo—. A mí también me adula la gente y me considera una heroína, pero no me encuentro a gusto. Durante algún tiempo fui feliz, viajando por el espacio, hostigando a las naves rebeldes y yendo de vez en cuando a la Tierra. Es un planeta encantador, pero nunca tuve tiempo para verlo detenidamente. Apenas reparaba la nave y repostaba tenía que partir. Ron; quiero ir a la Tierra.

—A partir de ahora será muy fácil. Pronto llegarán los ejecutivos del Orden Estelar y no tardarán en establecer unas líneas regulares que…

—¡Es que quiero ir contigo!

—¿Sólo venir conmigo?

Ella se arrojó a sus brazos.

—Y también estar contigo. Te amo.

Elliot rió, le estampó un sonoro beso y dijo:

—Eres un encanto. Ya me estabas poniendo nervioso, tardando tanto en decírmelo. Vamos, cariño, que mi tripulación debe impacientarse.

Atravesaron el vestíbulo y salieron al espaciopuerto. Pasaron delante de Wurango y Elliot le saludó agitando la mano. El lorankano se limitó a sonreírles.

A bordo del «Zidac», pegado a la entrada, Byron comentó a Anastasio Piatelli:

—¿Te hace feliz la idea de abandonar el contrabando? ¡Era tan apasionante…!

Piatelli se encogió de hombros.

—Y también muy cansado. A veces los negocios legales encierran más emociones que los ilegales. Ya sabes, todo eso de leyes, impuestos y trabas aduaneras.

—¡Eh, ahí vienen corriendo el jefe y la chica!

—¿Chica? Maldito seas, Byron. Has ganado la apuesta.

—Ya te dije que Norma Lan nos acompañaría. Es una chica estupenda.

—Seguro. Las hermanas Shaw se muestran amables con ella.

Byron tendió una mano a su jefe y luego estrechó cálidamente la

de Norma.

—Bien venida a bordo, Norma. Me alegro de tenerte con nosotros.

—Ea, Byron, déjate de protocolos. Tenemos que partir ya.

Piatelli hizo una exagerada reverencia y mostró el camino al interior de la nave. Dijo:

—Jefe, Byron me obligó a preparar el camarote más grande para ti y tu compañera. Espero que sea de vuestro agrado.

Ronald miró extrañado a Byron, y éste rió.

—Una de mis intuiciones, Ron.

—Y me alegro de que hayas acertado. A propósito, Byron. Primero iremos a Indared y luego… Bueno, ya te diré de iremos luego.

Byron le miró con estupor.

—Pensé qué después de Indared saltaríamos a la Tierra.

—Nada de eso. A la tierra iremos dentro de dos meses o más. No tengo la menor prisa.

Byron se quedó allí, cerrando la esclusa. Luego, en dirección al puente, iba pensando que no entendía nada el estallido de alegría que produjeron en Norma Lan las últimas palabras de Elliot.

¿Por qué Norma se había puesto tan contenta al saber que iban a llegar a la Tierra mucho después de que la verdadera Aidara partiera?

Se encogió de hombros. La clon de Aidara era muy bella. Demonios, le habría gustado conocer en persona a la auténtica princesa.

Un poco enfadado, gruñendo entre dientes, entró en el puente de mando. Sabía que el capitán no acudiría allí en algún tiempo y él tendría que encargarse de las maniobras de partida.

**FIN**



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).